



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE
ENTRE RÍOS
Facultad de Humanidades, Artes y
Ciencias Sociales

"Convergencias y Divergencias
entre las nociones de Juego y
Neogénesis en la Clínica
Psicoanalítica con niños y niñas"

Licenciatura en Psicología
Trabajo Integrador Final

Tesista: Taborda María de los Ángeles
DNI: 32.753.624

Universidad Autónoma de Entre Ríos
Facultad de Humanidades, Artes y Ciencias Sociales

Licenciatura en Psicología

Título

**“Convergencias y divergencias entre las nociones de Juego y Neogénesis en la
Clínica psicoanalítica con niños y niñas”**

Trabajo Integrador Final

Ensayo

Autora: Taborda, María de los Ángeles

DNI: 32.753.624.

mariadlangelestaborda@gmail.com

Director: Hetzer, Juan Pablo

DNI: 28.524.733.

juanpablohetz@gmail.com

Tutora: Robledo, María Victoria

DNI: 31.521.992.

robledomarvictoria@gmail.com

Dedicatorias y agradecimientos.

Así como han sido muchos los años que me ha llevado este proceso, tengo la fortuna de afirmar que también han sido muchas las personas que me acompañaron.

Le agradezco a Gabi, mi analista, que, con su trabajo analítico, agudo y cuidadoso, me ha posibilitado, entre otras cosas, avanzar y concluir este trabajo.

A Juan Pablo le agradezco todo este tiempo de paciencia y atención cuidadosa. Gracias por su acompañamiento permanente y minucioso.

A mi familia y amigos y amigas. A la tía Pelu, tío Hugo, Gra y Mario, quienes están amorosamente y sin condiciones, abriéndome sus hogares y dándome fuerzas. A la Tubi, con la que tantas veces brindamos anhelando esta instancia, por su paciencia y sinceridad. A Vito, quien siempre me ha alojado con un corazón cariñoso y palabras pacificadoras, y quien además tiene la virtud de hacerte saber cuánto vales.

A Peta, mi gran amigo, compañero, amor. Por su estar amoroso, cuidadoso, respetuoso. Y por nuestros momentos de risas.

Y, por último, quiero agradecer a esta casa de estudios, ya que, sin políticas de educación y acceso a la misma, no sé si habría podido llegar a esta instancia.

Índice.

DEDICATORIAS Y AGRADECIMIENTOS.....	3
RESUMEN.....	5
INTRODUCCIÓN.....	6
CONCEPCIONES FREUDIANAS ACERCA DEL JUEGO.....	11
POSIBLES ARTICULACIONES Y TENSIONES CON LA NOCIÓN DE NEOGÉNESIS.....	11
<i>Freud y el fort-da</i>	12
<i>De lo exógeno y lo endógeno del funcionamiento psíquico</i>	14
<i>Identificación y constitución del yo</i>	18
<i>Creación de algo nuevo</i>	20
EL JUEGO DE LOS NIÑOS Y NIÑAS DESDE LA PERSPECTIVA DE MELANIE KLEIN.....	23
CONVERGENCIAS Y/O DIVERGENCIAS CON NEOGÉNESIS	23
<i>Redefinir el objeto y el método</i>	25
<i>Fundación del inconsciente, condición de la clínica psicoanalítica</i>	27
<i>Descriptivo y prescriptivo</i>	29
<i>Simbolizaciones de transición</i>	31
DONALD WINNICOTT, EL GRAN TEÓRICO DE LO LÚDICO.....	33
PUNTOS DE CORRELACIÓN CON LA NOCIÓN DE NEOGÉNESIS.....	33
<i>El proceso de constitución subjetiva para Winnicott</i>	34
<i>El objeto transicional y la tercera zona</i>	35
<i>Aportes sobre la creatividad</i>	37
<i>Holding- reverie</i>	41
<i>Imaginación radical</i>	42
AUTORES Y AUTORAS CONTEMPORÁNEOS ARGENTINOS.....	44
APORTES SOBRE EL JUEGO Y POSIBLES ARTICULACIONES CON LA NOCIÓN DE NEOGÉNESIS.....	44
<i>El juego en los límites</i>	46
<i>El juego y lo grave en la clínica psicoanalítica</i>	48
<i>Valor del juego en perturbaciones graves. Tiempos instituyentes</i>	50
<i>El trabajo de lo ficcional</i>	50
CONSIDERACIONES FINALES.....	54
BIBLIOGRAFÍA	56

Resumen.

A lo largo del tiempo, desde diversos enfoques y disciplinas se han brindado definiciones y aproximaciones a la noción de juego. En el presente escrito, en primer lugar, realizo una revisión de las conceptualizaciones psicoanalíticas acerca del juego y el acto de jugar, iniciando por Sigmund Freud, pasando por Melanie Klein y Donald Winnicott, hasta llegar a autores y autoras contemporáneas de nuestro país. De dichas conceptualizaciones, se desprende que el juego sería la vía de acceso al inconsciente infantil, ya que por medio de él los niños y niñas expresan sus conflictos, fantasías y deseos. Sin embargo, al profundizar en los diversos aportes, surgen variaciones significativas entre los distintos marcos teóricos.

A partir de la revisión de las distintas propuestas, entiendo la clínica de las infancias como campo en el cual se trabaja con un aparato psíquico en constitución a partir de las intervenciones sexualizantes del semejante, reflexiono acerca de la importancia que adquiere generar condiciones que favorezcan actos de apertura de vías que den lugar a la novedad, en el trabajo clínico con niños y niñas.

Conjuntamente, trabajo con la categoría de neogénesis propuesta por Silvia Bleichmar. Esta es una conceptualización novedosa dentro de su desarrollo teórico, desde la cual entiende que el análisis no se limita a encontrar lo existente, sino que se trata de un dispositivo conducente a producir algo inédito. Esta noción se ubica en el marco de las intervenciones, y se trata de que el o la analista ofrezca una simbolización que le permita al sujeto armar un tejido psíquico nuevo. En este sentido, considero importante destacar que lo que propone el o la analista es descualificado, recompuesto y metabolizado por el o la analizante para dar lugar a eso inédito.

Desde estos recorridos, en el presente ensayo apunto a reflexionar que un trabajo semejante ocurre en el juego de los niños y niñas en análisis. Para ello, articulo las diversas propuestas sobre el juego y el jugar en la clínica psicoanalítica con niños y niñas, con la categoría de neogénesis. A partir de esto, describo los puntos de convergencias y/o divergencias. Es decir, identifico las líneas de tensión: de coincidencias, de rupturas, contrapuntos, correspondencias entre ambas conceptualizaciones.

Producto del trayecto emprendido, pienso que efectivamente es posible encontrar convergencia entre ambas nociones. Entendiendo que el juego y el jugar en análisis propician procesos de neogénesis que dan lugar a estructuraciones inéditas. Además, reflexiono en relación a la naturaleza de las intervenciones en el trabajo clínico con niños y niñas.

Palabras clave: juego, neogénesis, convergencias y divergencias.

Introducción.

Desde mi praxis como Acompañante Terapéutico en el ámbito de las infancias, me han servido de marco las nociones que se plantean desde el psicoanálisis, convirtiéndose en herramientas muy valiosas los desarrollos teóricos de la psicoanalista argentina Silvia Bleichmar (1944-2007). La elección de su propuesta para el presente escrito se basa en que, desde sus investigaciones y aportes, la autora se ha abocado a pensar los primeros tiempos de constitución psíquica. En sus desarrollos propone nociones metapsicológicas que ofrecen elementos para trabajar con un psiquismo en constitución, en los orígenes de la subjetividad. Considero relevante su invitación a generar movimientos de apertura, de interrogación, de investigación teórica y clínica, donde se pueda pensar el trabajo analítico como aquel que permite conocer e intervenir sobre la organización y funcionamiento psíquicos.

En este sentido, concuerdo con la propuesta de la autora de situar al psicoanálisis de niños y niñas como “campo de frontera”, esto es, campo donde la praxis se ejerce en los bordes de la constitución misma de la tópica psíquica, y en el cual están en debate los modos de determinar la instalación del tratamiento (Bleichmar, 2003).

Tal como propone Bleichmar, la infancia será definida como el tiempo de estructuración de lo originario, tiempo de instauración de la sexualidad, pulsional, pregenital, autoerótica. Y, a su vez, de la instalación de los movimientos que organizan sus destinos en un aparato psíquico abierto a resignificaciones y en vías de transformación. Todas estas modificaciones devienen en un proceso de complejización creciente.

La autora subraya la importancia de la indagación en la clínica del momento estructural constitutivo del psiquismo en ciernes. Coincido con su postura, en tanto dicha investigación permitirá la delimitación, en base a parámetros metapsicológicos, de la estrategia clínica que será elegida acorde a la singularidad de la problemática, su lugar en la economía psíquica y su estatuto en términos estructurales, todo ello contemplando la coordenada histórica.

Una de las conceptualizaciones novedosas de su desarrollo teórico que he elegido como categoría clave para este ensayo es la noción de *neogénesis*. En búsqueda de artículos o investigaciones actuales que sirvan a modo de antecedentes, al abordar la cuestión de neogénesis me he encontrado con que es un concepto escasamente desarrollado en cuanto a producciones científicas académicas. Este es otro de los motivos que ha impulsado mi investigación en la temática.

En gran parte de sus escritos Silvia Bleichmar se ha dedicado a desplegar este concepto, desde el cual entiende que el análisis no se limita a encontrar lo existente en el sujeto, sino que se trata de un dispositivo que posibilita producir algo inédito, algo que no estaba en los elementos previos (Bleichmar, 2000). Pienso que esta idea resulta potente en tanto los procesos de neogénesis se ubican en el marco de las intervenciones, ligados a las simbolizaciones de transición. Mediante éstas el/la analista ofrece una

simbolización que le permite al sujeto armar un tejido psíquico nuevo, y de esta manera generar las condiciones básicas para la simbolización posterior (1993).

Desde mi punto de vista y a partir de entender la clínica de las infancias como campo de frontera, en el cual se trabaja con un aparato psíquico en constitución a partir de las intervenciones sexualizantes del semejante, la noción de neogénesis adquiere relevancia, en tanto posibilita pensar en intervenciones estructurantes. Este tipo de intervenciones no busca interpretar un contenido inconsciente a la manera del análisis clásico, sino que apuntan a propiciar modos de recomposición psíquica novedosos. Aquí hay un punto importante que creo conveniente destacar: en lo que se refiere a la neogénesis, se trataría más de una co-producción que de una producción que introduce el/la analista. Señalo co-producción porque eso inédito de lo que hablaba, no tiene que ver con la intervención del analista únicamente, sino también con el trabajo que hace el/la analizante. Lo que propone el/la analista es descualificado, recompuesto y reformulado por el/la analizante para dar lugar a eso inédito.

A partir de estas líneas de pensamiento, reflexiono que lo que atañe a la clínica de la niñez tiene que ver con una apuesta ética, donde la dirección de la cura apunte a orientar los atravesamientos y caminos necesarios para que el análisis produzca eficacia en los tiempos instituyentes. Adquiere importancia, desde esta posición, generar las condiciones que favorezcan actos de apertura de vías que den lugar a la novedad, a lo inédito, en el trabajo clínico con las infancias. En este escrito propongo entonces, que es posible pensar que un trabajo semejante ocurre en el juego de los niños y niñas en análisis.

Es así que, a modo de ensayo abordo una articulación entre la noción bleichmariana de neogénesis y el juego en la clínica psicoanalítica con niñas y niños. Para tal fin, establezco los puntos de convergencia y divergencia, tratando de identificar líneas de tensión: de coincidencia, de ruptura, contrapuntos, correspondencias entre ambas nociones.

Una de las motivaciones para trabajar la temática del juego es que en el trabajo clínico con niños y niñas lo lúdico se convierte en el método de abordaje privilegiado, recurso que posee valor teórico y clínico al mostrar la singularidad de la constitución psíquica. Sin embargo, al tratarse de una noción muy rica, versátil y amplia, la delimitación y conceptualización del juego y el jugar se torna compleja.

A lo largo del escrito realizo una revisión de las conceptualizaciones psicoanalíticas acerca del juego y el jugar, lo cual lleva a indagar el vínculo establecido entre la teoría, el método y la técnica propio de cada marco teórico. Como lo han trabajado diversos autores psicoanalíticos, el juego sería la vía de acceso al inconsciente infantil, ya que por medio de él los niños y niñas expresan sus conflictos, fantasías y deseos. Sin embargo, al momento de pensar la clínica psicoanalítica, el alcance del término juego excede su utilización como mera técnica al servicio del trabajo con niñas y niños. En este sentido, he intentado señalar algunas variaciones significativas en las distintas propuestas teóricas.

Desde mi postura, parto de deslindar la idea del juego como herramienta (lo que pertenecería a una perspectiva funcionalista del mismo), entendiendo el jugar como operatoria psíquica, estructurante de los elementos que intervienen en el entramado de un aparato psíquico, siempre activo, creativo y elaborativo. A partir de la pregunta ¿cuáles son los puntos de tensión que convergen y/o divergen entre las categorías de juego y neogénesis en la clínica psicoanalítica con niños y niñas?, tomo como ejes los desarrollos de autores del campo psicoanalítico que han pensado de modo específico la temática del juego, y a partir de allí, establezco líneas de articulación, tensión, disyunción con la noción de neogénesis de Bleichmar.

Para comenzar presento, en el primer capítulo del ensayo, un recorrido de los desarrollos freudianos en relación al juego, y a partir de allí, reflexiono en posibles articulaciones con el concepto de neogénesis. Freud ha conceptualizado el juego de diferentes modos según la época de producción de sus escritos. En el primer tiempo de su obra, el autor establece que el juego se encuentra al servicio de la realización de deseos. Posteriormente, a partir del “fort da”, fue entendido en tanto repetición, contemplando el “más allá” presente en el juego. También, atendiendo al carácter económico, el juego ha sido entendido por el autor como modo de procesamiento psíquico de cantidades internas vividas como exceso, en su papel de elaboración de lo traumático. Por último, tomo las nociones que Freud trabaja en “El creador literario y el fantaseo” ([1908]1992), donde compara al niño o niña que juega con el creador artístico, y en base a esto, pongo el acento en el carácter de creación que tiene el juego, es decir, en la posibilidad de producción de algo que no existía.

A partir de estos desarrollos, realizo un rastreo por el libro “Clínica psicoanalítica y neogénesis” (2000) de Bleichmar con el intento de profundizar sobre cómo la autora piensa la noción de neogénesis. En base a esto, trabajo la idea de traumatismo como fundante y motor del trabajo psíquico.

En el segundo capítulo despliego las conceptualizaciones generadas por Melanie Klein, las cuales abrieron las puertas a posteriores formulaciones teóricas en el campo del psicoanálisis de niños y niñas. Esta autora propone la técnica lúdica como vía posible para el análisis de niños/as, argumentando que a través del juego se podría trabajar con el inconsciente infantil. El juego es considerado entonces, un medio de expresión simbólica de fantasías, deseos y experiencias. Es así que, para Klein el juego produce alivio y placer por la descarga de las fantasías masturbatorias y porque suprime el gasto energético de la represión, liberando las fantasías.

A partir de la propuesta de redefinir el objeto y el método en la clínica con niños y niñas, destino algunos apartados a ubicar el problema de la analizabilidad y la importancia de un ordenamiento metapsicológico respecto de la noción de juego.

En tercer lugar, dedico el capítulo a los aportes de Donald Winnicott. Este autor brinda diferentes definiciones sobre lo lúdico en distintas épocas de su obra, las cuales contribuyen a ampliar la perspectiva sobre el tema. Considera al juego como natural y universal, y una forma básica de vida.

Señala que todos los niños y las niñas tienen la capacidad para jugar, y que lo propio de la niñez es el juego. En “Realidad y juego” (1971) llama a los analistas a prestar atención al juego en sí mismo, a la acción de jugar, antes que al contenido del mismo.

Frente a la pregunta de por qué los niños y niñas juegan, presenta diferentes respuestas: juegan porque obtienen placer, porque les permite expresar la agresión, posibilita el control de la ansiedad y adquirir experiencia, iniciar relaciones emocionales y porque favorece la unificación e integración general de la personalidad. Winnicott comparte la idea kleiniana de que en el psicoanálisis de niños y niñas el juego constituye el modo de comunicación por excelencia.

En este capítulo trabajo algunos puntos claves de la propuesta winnicottiana. En primer lugar, el proceso de constitución subjetiva. Otras conceptualizaciones del autor que tomo son las del objeto transicional y la tercera zona de experiencia. Realizo también una distinción entre *game* y *playing* que interesa para pensar en el tema de la creatividad. Trabajo, además, la propuesta del juego del garabato de Winnicott y enlazo esta idea con lo que Ricardo Rodolfo conceptualiza acerca del mamarracho. Por último, presento la noción de imaginación radical de Cornelius Castoriadis.

A partir de estos desarrollos, intento cercar cuáles son los puntos de convergencia y/o divergencia que puede haber con la noción de neogénesis. Es decir, identifico los puntos de tensión, líneas de coincidencia, de correspondencias, o quizás de ruptura o contrapuntos, entre las propuestas winnicottianas acerca del juego y el aporte bleichmariano sobre el concepto de neogénesis.

En el cuarto y último capítulo expongo producciones sobre lo lúdico, el juego y el jugar que presentan autores y autoras contemporáneos de nuestro país. La primera investigación se titula “Imaginación, Fantasía y Juego” (2017). A modo de ensayo Virginia Ungar intenta acercarse a la relación entre el juego de los niños y niñas, la imaginación y la fantasía. Considero que sus desarrollos resultan interesantes en su planteo del juego como productor y no sólo como que expresa o reproduce.

Luego selecciono y analizo algunos artículos presentes en el libro “El juego en los límites: El psicoanálisis en la clínica de problemas en el desarrollo infantil” (2019), de Norma Bruner, quien es autora y compiladora. Bruner sostiene que en el juego y al jugar un niño/a introduce los significantes primordiales a “su historia” y, en consecuencia, si no hay juego no hay historia, ni infancia. También, Bruner habla del “trabajo del juego”, significante propuesto para denominar los caminos psíquicos para la formación del juego.

Dentro de la compilación de Bruner se encuentra el apartado titulado “El juego y lo grave en la clínica psicoanalítica” de Cristina Marrone. La autora presenta el caso de Alfredo. A partir de este ejemplo ilustro algunos puntos trabajados a lo largo del ensayo.

“Valor del juego en perturbaciones graves. Tiempos instituyentes”. Con este título Ilda Levin desarrolla su propuesta, también, en la compilación de Norma Bruner. Tomando su propuesta sobre la importancia de las identificaciones, busco articularla con el caso Alfredo que trabaja Marrone.

Por último, expongo algunas ideas de Jaime Fernández Miranda, quien en 2019 publica su libro “El trabajo de lo ficcional. Problemáticas actuales en la clínica psicoanalítica con niños”. El autor parte de la idea winnicottiana de que “jugar es hacer”. En su propuesta ubica el juego “en la tensión irreductible entre lo real y lo ficcional”, situándolo en la tensión entre lo real de los objetos ofrecidos por el otro, y, lo ficcional de esos objetos que son creados a su vez por el niño o niña. También trabajo algunas consideraciones sobre la diferencia entre juego y entretenimiento propuesta por el autor.

En este cuarto capítulo voy hilando los aportes de los y las autoras argentinas con ideas desarrolladas a lo largo de todo el ensayo. Así mismo, identifico puntos de articulación y/o disyunción con la categoría de neogénesis, eje del presente escrito.

Finalmente, considero que resulta importante tomar distancia de cierto adultocentrismo epistemológico, concebir a los niños y niñas como sujetos activos, creadores de sentidos, productores de teorías. Quiero decir, sujetos capaces de transformar aquello que reciben. También, es importante destacar que en ese proceso de transformación de lo que les llega del mundo circundante, son a su vez creadores.

En este sentido, la noción de neogénesis me permite reflexionar también que, en el marco de las intervenciones simbolizantes, aquello que el/la analista propone en sesión, es metabolizado, recompuesto y reformulado por el niño o niña. Es decir, se trataría de una elaboración o producción conjunta, más que de una producción que introduce el/la analista y el sujeto recibe pasivamente.

Concepciones freudianas acerca del juego.

Posibles articulaciones y tensiones con la noción de neogénesis.

El juego es considerado una experiencia humana de carácter universal, esto quiere decir que ha estado presente en todas las culturas. Se trata de un concepto muy rico, versátil y amplio, lo cual implica una compleja conceptualización. A lo largo del tiempo, desde diversos enfoques y disciplinas se han brindado definiciones y aproximaciones a la noción de juego y el jugar.

La polisemia propia del concepto ha llevado, dentro del psicoanálisis, a diferentes acercamientos y propuestas del fenómeno lúdico por parte de los y las autoras. Esto se evidencia incluso dentro de una misma obra, por ejemplo, Freud ha conceptualizado el juego de diferentes modos según la época de producción de los escritos.

Tomaré la propuesta de Bardi y Luzzi (Bardi, 2009), quienes sugieren agrupar las definiciones planteadas por Freud en dos períodos: desde el inicio de su obra hasta 1920, y a partir de “Más allá del principio de placer” ([1920]1995). Esta división responde a la lógica de sus desarrollos teóricos, que dan un vuelco con la introducción del “más allá” del principio de placer. Las autoras sostienen que algunas ideas asociadas al juego perduran en toda la obra freudiana. Ese tipo de permanencia de ciertas conceptualizaciones es una característica que atraviesa toda la obra del autor.

El primer período corresponde a la primera tópica del aparato psíquico, la cual consta de tres sistemas: inconsciente, preconsciente y consciente, cada uno de los cuales posee su función, su tipo de proceso y su energía. En cuanto a esto, Freud postula la existencia de una sucesión de sistemas mnémicos constituidos por grupos de representaciones caracterizados por leyes de asociación distintas (Laplanche J. y., [1967]2004).

Entonces, en este primer momento para Freud el juego de los niños y las niñas está al servicio de la realización de deseos, y la repetición observada en los mismos se vincula directamente con el principio de placer. Básicamente, mediante este principio de funcionamiento la actividad psíquica tiene por finalidad evitar el displacer y procurar el placer. Esto constituye un punto económico, dado que el displacer va ligado al aumento de las cantidades de excitación, y el placer a la disminución de las mismas (Laplanche J. y., [1967]2004).

En el segundo período delimitado, en el texto “Más allá del principio de placer” ([1920]1995), Freud formula que el principio de placer no es el único principio que rige el aparato psíquico y que habría un más allá del principio homeostático de constancia. Según este principio el aparato psíquico tiende a mantener la cantidad de excitación en él contenida a un nivel tan bajo o, por lo menos, tan constante como sea posible. Esta constancia se obtiene, por una parte, mediante la descarga de la energía

ya existente; y, por otra, mediante la evitación de lo que pudiera aumentar la cantidad de excitación (Laplanche J. y., [1967]2004).

En este segundo período Freud se interesa por estudiar el juego infantil como el modo normal de trabajo del aparato psíquico en sus primeros tiempos. Señala que existen investigaciones que se interesaron por averiguar los motivos que llevan al niño a jugar, pero no lo hacen dando precedencia al punto de vista económico, es decir, considerando la ganancia de placer. A partir de allí el autor desarrolla el juego fort da, que conceptualiza a partir de la observación de su nieto Ernest de un año y medio ([1920]1995).

Freud y el fort-da

Respecto al fort da, Freud señala que lo que insiste en el despliegue lúdico de su nieto, enigmáticamente se sostiene en la reiteración de aquello que podría ser pensado como traumático. En este momento de la teoría el autor piensa el traumatismo en términos económicos, en tanto aflujo excesivo de excitaciones que anula inmediatamente el principio de placer, obligando al aparato psíquico a realizar una tarea que consiste en ligar las excitaciones de tal forma que se posibilite su descarga ulterior (Laplanche J. y., [1967]2004).

La reiteración de la que habla Freud de aquello traumático, en el caso del fort da sería el alejamiento del cuerpo materno, y que en el juego es representado por el acto de arrojar lejos de sí al objeto. Al lanzarlo expresaba un fuerte y prolongado “o-o-o-o”, que, según la madre de Ernest y Freud significaba “fort” (se fue). “Al fin caí en la cuenta de que se trataba de un juego y que el niño no hacía otro uso de sus juguetes que el de jugar a que «se iban»” ([1920]1995, pág. 14).

Luego el autor señala que otra parte del juego consistía en arrojar un carretel atado con un piolín tras la baranda de su cuna; el carretel desaparecía ahí, el niño pronunciaba su significativo “o-o-o-o”, y después, tirando del piolín, volvía a sacar el carretel de la cuna, saludando ahora su aparición con un amistoso “da” (acá está). El juego completo consistía en hacer desaparecer y traer el carretel, donde el mayor placer correspondía a la segunda parte, es decir, a la vuelta del mismo. Freud sostiene, como interpretación del juego, que tiene que ver con el gran logro cultural del niño: su renuncia pulsional (renuncia a la satisfacción pulsional) de admitir sin protestas la partida de la madre. Se resarcía, dice el autor, escenificando por sí mismo, con los objetos a su alcance, ese desaparecer y regresar ([1920]1995).

Y más adelante se pregunta, a partir de la repetición de un hecho que al niño no le resulta agradable, menos aún indiferente:

¿cómo se concilia con el principio de placer que repitiese en calidad de juego esta vivencia penosa para él? Acaso se responderá que jugaba a la partida porque era la condición previa de la gozosa reaparición, la cual contendría el genuino propósito del juego. Pero lo contradice la

observación de que el primer acto, el de la partida, era escenificado por sí solo y, en verdad, con frecuencia incomparablemente mayor que el juego íntegro llevado hasta su final placentero. (Freud, [1920]1995, pág. 15)

A partir de esto, podría pensar que el niño ha vivido como traumática la ausencia de la madre, fue abandonado, y en cada tirada del juego, en cada fort y da, logra tener una ganancia de placer. Pero la repetición muestra que algo pulsa más allá del juego, lo cual lleva a Freud a la pregunta respecto al carácter económico del fort da, y lo empuja a una revisión del principio de placer. A lo largo de toda la obra de Freud se encuentran consideraciones económicas; para él no sería posible una descripción completa de un proceso psíquico sin apreciar la economía de la energía psíquica. El enfoque económico consiste en considerar la energía cuantificable del psiquismo (energía pulsional) en su movilidad, susceptible de aumentos, disminución y equivalencias (Laplanche J. y., [1967]2004).

Freud ([1920]1995) concluye que a través de esta actividad el niño logra adquirir un papel activo y así modificar la pasividad con la que ha vivenciado el suceso fuente de displacer. Cabe subrayar que actividad-pasividad ha sido considerado por el autor como uno de los pares fundamentales en la vida psíquica, el cual especifica determinados tipos de fines pulsionales. El autor considera que aun cuando el niño obtenga alegría del retorno del carretel, el acento también está puesto en lo que desde adentro compulsa a la repetición, llegando a la conclusión de que la vida anímica se rige también por el más allá del principio del placer.

Para la temática del ensayo creo que es importante señalar que en el jugar infantil puede repetirse tanto lo placentero como lo traumático, procesamientos que no pueden comprenderse si se elide el punto de vista económico, siendo que el sujeto infantil necesita procesar psíquicamente algo excesivo, dominar las excitaciones intrapsíquicas activadas a partir de la relación con el mundo externo.

Desde esta perspectiva, me parece interesante resaltar el valor de resarcimiento del juego, respecto al posicionamiento subjetivo frente a la partida de la madre. En este sentido, considero posible hablar de un doble traumatismo: traumatismo en términos narcisísticos por el “abandono” que viene a confirmar el no ser todo para la madre. Por otro lado, creo que se puede pensar en un traumatismo en términos pulsionales a partir del incremento de excitaciones en un niño o niña pequeña. La ausencia de la madre, que es el objeto sobre el cual recae la satisfacción pulsional, desencadena la imposibilidad en lo inmediato de la satisfacción.

Atendiendo al enfoque económico que expuse anteriormente, esta imposibilidad de satisfacción produce un incremento de la excitación por la vía de la frustración. Arriba así, a una función central del juego: su papel respecto a la elaboración de lo traumático.

Es la intención de este ensayo describir e identificar los puntos de tensión que convergen y/o divergen entre las categorías de juego y neogénesis en la clínica psicoanalítica con niños y niñas. En base a esto considero necesario realizar un rastreo de dicha categoría.

En el libro *Clínica psicoanalítica y neogénesis*, Silvia Bleichmar (2000) realiza un recorrido sobre cómo fue pensando esta noción. Trabaja los modelos del funcionamiento psíquico y sostiene que a partir de esto se va a plantear con mayor claridad lo que remite a neogénesis como tal. Allí establece que en la Metapsicología freudiana de 1914 comienza un movimiento que va a definir la segunda tópica. La autora plantea que en este movimiento dos conceptos nucleares de 1900 van a casi desaparecer (si bien sostiene que sabemos que todo lo que se disocia en Freud se va reencontrando a lo largo de la obra). Uno es el concepto de huella mnémica, que será reemplazado por el representante pulsional o representante representativo y otro es el de traumatismo.

Bleichmar plantea que el reemplazo comienza en Tres ensayos de teoría sexual ([1905] 1992) donde hay un movimiento que va de una teoría exógena (donde la constitución del aparato psíquico es determinada por inscripciones y representaciones provenientes de la experiencia, en especial de una experiencia muy particular realizada con el otro humano) a una dominancia endógena de la constitución del aparato anímico (caracterizada por una derivación de lo somático en lo psíquico, que sigue las líneas de maduración de los estadios preformados por funciones vitales: oral, anal). Aquí la autora sostiene que se disocia hacer consciente lo inconsciente y llenar las lagunas mnémicas, ya que si el inconsciente es producido por delegación se puede hacer consciente lo inconsciente sin llenar lagunas mnémicas, llevando los deseos actuales a las fuentes pulsionales. Transcribiendo lo manifiesto a lo determinante endógeno no experiencial¹

En este punto Bleichmar propone volver, retomar la fórmula que une hacer consciente lo inconsciente con rellenar las lagunas mnémicas, lo cual implica acceder a un inconsciente estructurado históricamente a partir de experiencias que lo determinan. Sostiene que este inconsciente no es tan fácil de buscar en los niños y las niñas, porque no pueden asociar sobre la historia. Los niños y las niñas pueden poner en acto, *jugar* (específico aquí), mostrar, armar alguna articulación significativa que dé las pistas para construir los recorridos junto a él o ella, sin ejercer un exceso de violencia simbólica. Entonces la autora se pregunta:

¿qué quiere decir tomar la historia como elemento determinante en la constitución subjetiva, y abrir a partir de ello la posibilidad de una neogénesis? Quiere decir que, en razón de que no todo está dado desde antes y para siempre, la intervención del analista no se reduce a encontrar lo

¹ Esta cuestión será problematizada al abordar la propuesta kleiniana.

que ya estaba, sino a producir elementos nuevos de recomposición y de articulación que den un producto diferente del preexistente. (Bleichmar, 2000, pág. 37)

Aquí puedo formular algunos interrogantes que orientan la temática, ¿hay excedentes traumáticos que se ponen al servicio de la actividad lúdica en los niños y las niñas que juegan, generando un esfuerzo de ligazón en acto? ¿O se trata de un plus de placer por el juego en sí en tanto actividad económicamente productiva? ¿O se trata de ambas posibilidades?

Decía entonces que en “Más allá del principio de placer”, Freud ([1920]1995) destaca que el juego es un modo de trabajo psíquico en una de sus manifestaciones normales más tempranas. A través del juego se puede ver cómo la niña o el niño se resarce, se compensa de una pérdida, escenificando por sí mismo/a la partida y el retorno de la madre, transformando una impresión desagradable en una ganancia de placer. En este punto encuentro interesante lo que proponen Frison, Moser y otras (2020) al abordar el cuestionamiento que realiza Freud del principio del placer. Las autoras coinciden con Freud en cuanto que el juego no estaría dado por una repetición compulsiva, sino que se trataría de un posicionamiento activo por parte del niño o niña. Pero añaden algo muy interesante, sostienen que en el juego hay además una transformación de sentido. Las autoras destacan así que se trata de un verdadero trabajo psíquico. Entiendo como trabajo psíquico el que realiza el aparato anímico para resolver las urgencias que le plantean los estímulos que provienen del mundo exterior y del propio cuerpo. Básicamente, es la actividad del aparato destinada a ligar y transformar la energía pulsional, complejizando sus derivaciones. Como así también reemplazando modos defensivos primarios de resolución psíquica (Álvarez, 2010) (Mirc & Gaudio, 2019).

Me posiciono desde esta perspectiva, entendiendo que el juego constituye una conquista simbólica, espacial y temporal. Se produce una creación ante el displacer de la ausencia materna, pudiendo ligar la excitación (Frison, 2020, págs. 58, 59). Aquí me interesa resaltar el carácter activo, el juego es un *hacer* sobre los objetos del mundo.

A partir de los desarrollos freudianos me es posible subrayar, como decía, que en el jugar infantil puede repetirse tanto lo placentero como lo traumático, modos de procesamiento que no pueden comprenderse si se omite el punto de vista económico, siendo que el sujeto infantil necesita procesar psíquicamente algo excesivo, dominar las excitaciones intrapsíquicas activadas a partir de la relación con el mundo externo. Este trabajo psíquico encuentra en el juego una forma primera y privilegiada para la resolución de dichos excedentes de dos maneras: tanto por vía de la descarga, que muchas veces se observa en los niños y niñas en función de lo motriz que se pone en acto al jugar, como por vía de la ligazón psíquica que produce la ficcionalización apelando al fantaseo.

Posicionándome en el eje económico me pregunto: ¿todo excedente es necesariamente traumático? En la fundación de lo inconsciente, Silvia Bleichmar trabaja un modelo de los orígenes del psiquismo. Allí plantea que el encuentro entre el cachorro humano y el adulto es radicalmente

asimétrico: la madre parasita sexual y representacionalmente a la cría, generando la subversión de lo autoconservativo e inscribiendo, en el proceso de los cuidados, excitaciones inevitables que representan exigencias de trabajo al psiquismo. Esta intrusión representacional y económica resulta traumática, pero se refiere a un traumatismo fundante que opera como motor del psiquismo. Se trata de un exceso de cantidades que obliga a un esfuerzo de trabajo y resulta condición necesaria para la complejización del aparato psíquico (1993).

El remanente excitatorio, esta energía que desborda, que produce aumento de la tensión psíquica (producto de la intrusión de lo sexual en los cuidados por parte del adulto encargado de los mismos) deberá encontrar un destino a partir de vías de descarga y formas de ligazón que constituirán modos defensivos. Así la excitación encuentra una vía de descarga por medio de investiduras colaterales de inscripciones excitantes que acompañaron la vivencia. La madre, además de ofrecerle el pecho, suma otras inscripciones cuando le canta al niño o niña, lo alza, lo acaricia, *juega*, generando a partir de esto vías colaterales de ligazón de la excitación que ingresa en el aparato psíquico por las zonas erógenas que abre. La libido desligada, intrusiva, será ligada de inicio por estas vías mediante la representación totalizante que adquiere el bebé en el narcisismo materno (Bleichmar, La Fundación de lo Inconsciente, 1993).

A lo largo del acápite expuse que Silvia Bleichmar piensa la noción de neogénesis a partir del concepto de traumatismo y de huellas mnémicas. A su vez sostuve la idea de traumatismo como necesario y las vías colaterales como modo de ligazón del remanente excitatorio. En relación al juego, me interesa apartarme de las conceptualizaciones que lo conciben como una herramienta técnica. Creo que es posible pensar el papel del juego respecto de la elaboración de lo traumático en sentido extenso a partir de la concepción de neogénesis de Silvia Bleichmar. Acentúo el carácter del juego en tanto acto, como acción sobre el mundo exterior. Pienso que esta es una idea interesante que permite ubicar la dimensión simbólica de una acción, el valor simbolizante del acto que no pasaría únicamente por la palabra.

La noción de neogénesis se ubica en el marco de las intervenciones clínicas, ligada a las simbolizaciones de transición. Se trata de que el analista ofrezca una simbolización que le permita al sujeto armar un tejido psíquico nuevo, y de esta manera generar las condiciones básicas para la simbolización posterior. Entiendo que es posible pensar en el juego en análisis como una serie de acciones tendientes a simbolizar la experiencia, donde el analista contribuye a hacerlo desde el juego mismo, aportando un gesto, un movimiento, una acción, un trazo, una frase. Se trataría de generar, a través del juego, huellas mnémicas a la manera de vías colaterales para la retranscripción de la excitación.

Sostengo entonces que, posicionándome desde una perspectiva freudiana del juego, es posible entenderlo como generador de efectos de neogénesis, en tanto acto simbólico, acción sobre el mundo

exterior e interior, que produce vías colindantes y actúa como modo de procesamiento del traumatismo estructurante del psiquismo.

En este punto, pienso que un ejemplo de la clínica puede ser útil para reflexionar sobre lo expuesto en cuanto a lo intrusivo de la implantación de la pulsión, mediante los cuidados en los primeros tiempos de la vida del infante. Creo que a partir de este caso es posible una analogía entre las intervenciones de la analista y el juego en análisis en tanto generador de efectos de neogénesis.

En La fundación de lo inconsciente (1993) Bleichmar ofrece comentarios acerca de Dani, un bebé que no podía dormir diez o quince minutos seguidos. Comía en forma desesperada, se abalanzaba sobre el pecho, y aun habiendo terminado de alimentarse, no lograba tranquilizarse. El circuito de alimentación se repetía sin fin, entretanto se lo cambiaba (lo cual no disminuía el malestar), intentaban dormirlo, pasaban horas y todo empezaba de nuevo. El baño también era desesperante, Dani lloraba durante todo el proceso. No había ninguna actividad placentera, mamadas, cambio de pañales, intento de calmarlo paseándolo en brazos y maniobras diversas, todas fallidas. Los padres decían “no poder acertar” sobre lo que el niño requería (pág. 21). La autora da la indicación de un encuentro con la mamá y el bebé, esperando darle de comer durante el transcurso de la próxima sesión. Lo primero que notó es que la mamá sostenía a Dani con cierta dificultad: la cabeza no encontraba ubicación en los brazos de su madre, las manos del bebé no se ubicaban para tocar cómodamente el pecho. Mientras se desarrolla la sesión Bleichmar hizo algunos comentarios sobre la ubicación del bebé en el ángulo de los brazos, y si la mamá no quería acariciarlo. A lo cual le rozó la cabeza con un dedo, para luego comenzar a acariciarlo y tocarlo despacio, acomodarle las piernas y la cabeza, y que los brazos de Dani tengan acceso al pecho. Al respecto la autora comenta tener la sensación de estar asistiendo a algo inaugural: una envoltura narcisizante. Dani terminó de comer, la mamá lo cambió sin problemas. La sorpresa era enorme. Había un resto excitatorio que no cedía, y la autora sostiene que se trataba de ofrecerle algo que no fuera alimenticio para evacuarlo.

Con este ejemplo, intento mostrar lo intrusivo en los cuidados: al alimentar a Dani, al bañarlo, al tratar de hacerlo dormir. Como sostuve, el incipiente aparato psíquico queda librado a inscripciones que son efecto de la impulsión del semejante, donde restos de la sexualidad del otro, quedan inscritos. Se trataba de la presencia de una excitación sobrante, una tensión psíquica que no cedía, y Bleichmar sostiene que había que ofrecerle algo a Dani por fuera de los cuidados de alimentación e higiene para evacuarlo.

Luego, la manera en que la mamá comienza a acariciarlo, sostenerlo cómodamente, mirarlo, y también Dani poder tocar el pecho materno. Aquí puedo pensar que esa excitación intrusiva encuentra vías de descarga por medio de inscripciones contiguas de representaciones. El autoerotismo, succión de la mano, el chupete, cumplen una función de ligazón, organizadora de la excitación sobrante. Con esto,

la energía desbordante producto del encuentro, tenderá a la descarga o a la ligazón bajo el modo de un investimento colateral.

Creo que, a partir de lo desarrollado con este caso, se podría reflexionar en esa manera de intervención de la analista como acto de sostenerlo a Dani (y también a la mamá). Llevando adelante un razonamiento apoyado en las reflexiones de Bleichmar, considero que es posible pensar en propiciar esos investimentos colaterales, esas vías adyacentes o líneas colindantes de la energía mediante el juego. Desde esta perspectiva, en un análisis sería posible generar este tipo de acciones ligadoras a través del juego, donde el analista y el niño o niña juegan, se van produciendo acciones, gestos, miradas, palabras, trazos, que actuarían como vías colaterales para que la pulsión, intrusiva, atacante, encuentre formas de ligazón.

Pienso que a partir de esto se puede reflexionar en el juego como acto simbólico. Es posible pensar el valor simbólico de las acciones, gestos, dibujos, cantos, miradas, que van apareciendo en el juego y el jugar, y tomarlas como posibles inscripciones colindantes de la excitación y actúan como modo de procesamiento del traumatismo estructurante del psiquismo.

Identificación y constitución del yo

En un texto anterior, “El creador literario y el fantaseo” de 1908, Freud realizó teorizaciones relacionadas al juego. Allí, lejos estaba el autor de pensar acerca del juego como método para trabajar con niños y niñas, tal y como, posteriormente propuso Melanie Klein. Centralmente, Freud piensa a la actividad lúdica como un equivalente al cumplimiento de deseos que se da en los sueños.

Luego el autor ([1908]1992) realiza una serie de comparaciones entre el juego infantil y la creación poética a partir de la palabra alemana *Spiel*, y llega a preguntarse qué es lo que permite ser espectador de un drama (u hoy de una película), ¿cuál es la fuente de placer? Podría pensar, junto con Freud, que, por identificación con los personajes presentes en la trama, el espectador obtiene una ganancia de placer. Reflexionando un poco más, ¿qué es lo que nos permite esta identificación? Freud va a tomar la concepción con que Aristóteles analizaba la tragedia, la idea de catarsis como una especie de desahogo afectivo que nos permite experimentar como espectadores, por identificación, las vicisitudes que tiene el héroe. Aquí puedo pensar que en el juego sucede algo similar, el niño o niña, al jugar, se identificaría con algún papel y viviría en el juego las peripecias de los personajes que representa. En este sentido Freud ([1908]1992) sostiene:

(...) el jugar del niño estaba dirigido por deseos, en verdad por un solo deseo que ayuda a su educación; helo aquí: ser grande y adulto. Juega siempre a «ser grande», imita en el juego lo que le ha devenido familiar de la vida de los mayores. (pág. 129)

Podría ser que esta identificación, el jugar a ser grande al igual que la identificación del adulto como espectador de una película, resulta una ganancia de placer al ofrecer una facilitación que es un ahorro del costo que esa ganancia implicaría en lo real.

Con lo expuesto podría decir que dos modos de procesamiento se articulan en el jugar: el primero referido al carácter pulsante de la sexualidad parcial resoluble por medio de la descarga directa o apenas ligable a través del autoerotismo²; el otro, narcisístico, ligado y organizado en aquellas primeras formas de juego simbólico a partir de la aparición de un yo que juega. Con lo cual, quizá puedan plantearse algunos interrogantes: ¿el juego es requisito para la actividad de simbolización, o es efecto de la misma?, ¿hay juego sin la constitución del yo?

En el acápite anterior sostuve que las prácticas de cuidado de los primeros tiempos de la vida generan inscripciones sexualizantes que dan origen a la pulsión. Allí, lo que se inscribe no es la disminución de la tensión de necesidad, sino la experiencia en la cual el objeto ofrecido por el otro humano es inscrito. Freud trabaja estas ideas en el capítulo VII de *La interpretación de los sueños* ([1900]1991). Sostiene que cada vez que sobrevenga una tensión de necesidad, se establecerá un enlace que investirá la imagen mnémica de aquella percepción (de la vivencia de satisfacción). Este movimiento de reinvestimento de inscripciones es lo que Freud llama deseo y que determina la alucinación primitiva. Habrá que buscar aquí el origen de la representación, ya que el pensar no es sino el sustituto del deseo alucinatorio (págs. 557, 558). A partir del autoerotismo entonces, se instituye la actividad de representación ya que se produce una separación de todo objeto natural (Bleichmar, 1993).

Con lo expuesto puedo inferir que, sin esas primeras inscripciones sexuales, la niña o niño no podrá jugar, ya que como sostuve, en el autoerotismo se encuentran las bases de la representación. Esas primeras inscripciones son las que posibilitarán posteriormente la fantasía y el juego. En base a esto, sostengo que las condiciones básicas para la simbolización vienen dadas en primer término por la existencia de la representación. Entonces, el juego no sería requisito, sino efecto de la misma.

Siguiendo esta línea de reflexión, si el juego es efecto de la representación, para que el jugar devenga actividad de simbolización se requiere que esté operando alguna oleada represiva. Retomando el modelo teórico de S. Bleichmar (1993), antes de que se instituya la represión originaria, antes de que el yo cumpla sus funciones de inhibición y de ligazón, el remanente excitatorio (producto de la intrusión de lo sexual) deberá encontrar resolución a partir de conexiones y derivaciones que constituyen modos defensivos precoces. Expuse que la representación totalizante que adquiere el bebé en el interior de los sistemas del narcisismo yoico materno será lo que permitirá que la pulsión, intrusiva, atacante, encuentre

² Decía Freud “[...] respecto del juego infantil, ya pusimos de relieve las otras interpretaciones que admite su génesis: compulsión de repetición y satisfacción pulsional placentera directa parecen entrelazarse en íntima comunidad” (*Más allá del principio de placer*, [1920]1995, pág. 22).

de inicio formas de ligazón por las vías colaterales. La red que a partir de ello se sostenga posibilitará, del lado del sujeto, un sistema de ligazones que luego permitirá la constitución del yo.

Estas consideraciones me permiten reflexionar sobre la imbricación estructurante del juego en la constitución del sujeto. Pienso que el juego queda del lado de la neogénesis en los primeros tiempos de la vida cada vez que permite alguna forma de estructuración del aparato psíquico. De esta manera, ubicando el juego y el jugar como favorecedores del establecimiento y despliegue de la red de vías colaterales, creo que es posible entenderlo como correlativo del entramado del sistema de ligazones que formarán el yo.

Siguiendo a Silvia Bleichmar (1993), el yo no se constituye en el vacío, sino sobre la base de ligazones previas entre sistemas de representaciones preexistentes; y estas ligazones consisten en los comienzos, en investiduras colaterales (las formas que acompañan los cuidados primarios, donde incluí al juego y el jugar). En los inicios el yo se asentará, cuando la identificación primaria lo moldee en tanto instancia, como una membrana que bordea la red de vías colaterales.

Esta perspectiva resulta coherente con los desarrollos de Bleichmar (2000) en Clínica Psicoanalítica y neogénesis, donde despliega esta idea: la posibilidad de que se produzcan a través de la práctica psicoanalítica nuevas constelaciones simbólicas que permiten la fundación de instancias, sobre todo en la infancia. En este sentido arribo así a un concepto nuclear para el presente ensayo:

(...) neogénesis quiere decir producción de algo nuevo que no está en cada uno de los elementos, sino en la posibilidad de articulación de nuevos puentes simbólicos y en su combinatoria, de lo cual no se puede decir que antecedió al fenómeno una vez que se produce. (Bleichmar, 2000, pág. 62)

Entendiendo a la red de inscripciones y representaciones como estos nuevos puentes simbólicos que plantea Bleichmar, sostengo entonces que es posible una convergencia entre juego y neogénesis, en la medida en que a través del juego se generarían vías de facilitación colaterales de la excitación, que formarán la argamasa del yo.

Creación de algo nuevo

Siguiendo la conceptualización bleichmariana de la neogénesis como producción de algo nuevo, creo interesante traer otros puntos sobre la actividad lúdica que Freud trabaja en “El creador literario y el fantaseo” ([1908]1992). Allí se pregunta por las motivaciones de los poetas y al respecto sostiene:

¿No deberíamos buscar ya en el niño las primeras huellas del quehacer poético? La ocupación preferida y más intensa del niño es el juego. Acaso tendríamos derecho a decir: todo niño que

juega se comporta como un poeta, pues se crea un mundo propio o, mejor dicho, (*esto es lo interesante*)³ inserta las cosas de su mundo en un nuevo orden que le agrada. (pág. 127)

Y más adelante:

No olviden ustedes que la insistencia, acaso sorprendente, sobre el recuerdo infantil en la vida del poeta deriva en última instancia de la premisa según la cual la creación poética, como el sueño diurno, es continuación y sustituto de los antiguos juegos del niño. (Freud, [1908]1992, pág. 134)

Es decir, Freud compara al niño o niña que juega con el creador artístico, y me interesa poner el acento en que “inserta las cosas de su mundo en un nuevo orden que le agrada” porque considero que allí Freud está estableciendo el carácter de creación que tiene el juego, es decir, crea algo que no existía. Es posible que esta idea freudiana sea una línea de convergencia con las palabras de Bleichmar acerca de neogénesis como producción de algo nuevo (2000).

Al decir de Freud, el poeta a través de sus creaciones literarias influye sobre la lengua, transforma la lengua. Del mismo modo, el jugar del niño o niña implica no sólo transformar un estado de cosas sino introducir o producir algo nuevo que no existía previamente. Incluso, podría decirse que transformar no es equivalente a crear: el juego es creación en tanto no se limita a ordenar, combinar o transformar los elementos que ya tiene. En este sentido, también la noción de neogénesis hace referencia a que la producción de eso nuevo no está en cada uno de los elementos, sino en la posibilidad de articulación de nuevos puentes simbólicos y en su combinatoria.

Desarrollé el modelo freudiano del fort-da donde el juego pone de manifiesto la dimensión repetitiva de la pulsión. Se trata de dominar una experiencia con el intento de ligar la excitación. Lo repetitivo que insiste tiene que ver con el carácter pulsional. Es posible pensar que en lo que se repite del fort-da, ya existe una dimensión creativa en cuanto intento de procesamiento de eso que insiste: nunca la repetición es idéntica. Se trataría, mediante el juego, de producir otra escena. Crear a partir de los restos excitantes de lo real una escena psíquica nueva. Esto tiene como base el modelo freudiano de la vivencia de satisfacción alucinatoria que expuse en apartados anteriores, donde mediante el autoerotismo, líneas deseantes reinvesten representaciones y dan por resultado un producto diferente del existente.

A lo largo del capítulo realicé un recorrido de las nociones freudianas sobre el juego para, a partir de allí, reflexionar en posibles articulaciones con el concepto bleichmariano de neogénesis.

Tal como expuse, Freud ha conceptualizado el juego de diferentes modos según la época de producción de sus escritos. En principio, el autor lo ha considerado como cumplimiento de deseos.

³ El paréntesis es de mi autoría.

Posteriormente fue entendido en tanto repetición, contemplando el “más allá” presente en el juego. Aquí me ha parecido importante subrayar que lo que se repite nunca es idéntico, dando lugar a la dimensión creativa. También el juego ha sido entendido por el autor como modo de procesamiento psíquico de cantidades internas vividas como exceso, en su papel de elaboración de lo traumático.

Desde la perspectiva económica planteada por Freud, consideré posible pensar en el valor simbolizante del jugar. Este enfoque, en convergencia con la noción de neogénesis, me permitió reflexionar sobre el juego en tanto posibilitador de la construcción de un entretejido simbólico que produzca ligazón para aquellas representaciones que plantean una exigencia de trabajo al psiquismo o que por su carácter inmetabolizable resultan traumáticas.

Hasta aquí la noción de juego y la acción de jugar han aparecido como equivalentes. Llegado este punto, considero necesario realizar una distinción entre ambas. Para esto partiré de los desarrollos winnicottianos (autor que retomaré posteriormente), quien ha hecho un distingo entre *game* y *playing* (1971). Lo que tiene que ver con un juego definido por las reglas que guían su desarrollo (*game*) difiere mucho de la acción de jugar, aquella que se desarrolla libremente (*playing*). Me interesa resaltar esta diferenciación donde la razón esencial es el lugar que toma la creatividad del ser en cada una de estas actividades. El jugar no apunta tanto al contenido, sino al gesto del jugar, al desarrollo del mismo.

Pienso que esta distinción aporta un elemento más para las reflexiones desarrolladas a partir de las ideas de Freud en “El creador literario y el fantaseo”. Expuse que el jugar queda del lado de la neogénesis en los primeros tiempos de la vida cada vez que permite alguna forma de estructuración constitutiva del aparato psíquico. Bleichmar, al conceptualizar la noción de neogénesis subraya el carácter de creación de algo nuevo a partir de este tipo de intervenciones. La acción de jugar entonces, en tanto creación, constituye el escenario donde un hacer produce algo nuevo. Y a partir de esto, desarrollé la idea de que mediante el jugar en análisis, se formaría el yo de acuerdo a modos singulares y únicos de inscripciones deseantes.

El juego de los niños y niñas desde la perspectiva de Melanie Klein

Convergencias y/o divergencias con neogénesis

Como presenté en el capítulo anterior, diversas disciplinas y enfoques se han ocupado de conceptualizar y teorizar la noción de juego. Los desarrollos conceptuales generados por Melanie Klein abrieron las puertas a posteriores formulaciones teóricas en el campo del psicoanálisis de niños y niñas. Ella es quien descubre y propone la técnica lúdica como vía posible para el análisis de niños, argumentando que a través del juego se podría trabajar con el inconsciente infantil.

Freud, en su texto dedicado al Hombre de los lobos (1919) plantea que a los niños les faltaban palabras y pensamientos y esto obstaculizaba el trabajo analítico con ellos. Por su parte, Klein (1921) comienza explorando las inhibiciones intelectuales de los niños y niñas, y descubre que aún los de muy corta edad viven bajo la presión de sentimientos de culpa, sienten ansiedades, organizan defensas y establecen relaciones objetales. La autora sostiene que el modo esencial de expresión de los niños y niñas es la acción. Entonces, frente al obstáculo encontrado por Freud, Klein halla en el juego, una técnica de análisis homologable a la regla fundamental freudiana; la autora sostiene que, al jugar, las niñas y los niños hablan y dicen toda clase de cosas que tienen el valor de asociaciones genuinas (Klein, 1932, pág. 28).

La naturaleza más primitiva de la mente del niño hizo necesario encontrar una técnica más adaptada a él, y la hemos encontrado en la técnica del juego. (...) La diferencia entre nuestros métodos de análisis y del análisis del adulto es puramente de técnica y no de principios. (Klein, 2005, pág. 34)

Considero que, con esta cita, se puede apreciar el gran aporte: la autora inaugura el campo de analizabilidad infantil al formalizar el juego como técnica para la clínica con niños y niñas. Klein (1926) afirma que el niño/a expresa sus fantasías, deseos y ansiedades de un modo simbólico por medio de juegos y juguetes. Y enuncia que sólo comprenderemos el “lenguaje del juego” si nos aproximamos, tal y como Freud nos ha enseñado, a acercarnos al lenguaje de los sueños. Para tal fin propone al juego como vía regia de acceso al inconsciente de las niñas y los niños en análisis. Inconsciente que, de acuerdo con su modelo conceptual, existe desde los inicios de la vida, endógenamente determinado.

Uno de los conceptos clave de su teoría es el de “fantasía inconsciente”, considerada principalmente como la expresión mental que satisface impulsos instintivos prescindiendo de la realidad externa.

Klein ubicará al juego como un producto del mundo interno del niño y la niña, y considera al mismo como un indicador del desarrollo de su funcionamiento mental, como se aprecia en esta cita:

(...) pero pronto comprendí las ansiedades subyacentes en sus obsesiones, y las interpreté. Este caso fortaleció mi convicción creciente de que una precondition para el psicoanálisis de un niño es comprender e interpretar las fantasías, sentimientos, ansiedades y experiencias expresadas por el juego o, si las actividades del juego están inhibidas, las causas de la inhibición. (2004, pág. 131)

Siguiendo las ideas de la autora, el juego es considerado entonces, un medio de expresión simbólica de fantasías, deseos y experiencias. Klein toma las conceptualizaciones freudianas del juego del fort-da, poniendo acento en la teorización del más allá del principio del placer y la pulsión de muerte. La compulsión a la repetición en el juego del fort-da es una de las ideas fuertes que va a tomar. En este sentido, para la autora el juego tiene la potencia de poner en circulación algo de lo más oscuro del sujeto; y es desde allí, que va a leer todo el juego infantil, es decir, a partir de la acción de la pulsión de muerte.

Para Klein todo contenido psíquico es fantasmático, sin embargo, hay fantasías que pueden desplegarse en el juego y otras que no. La imposibilidad de jugar, de cambiar de rumbo en el juego, o de interrumpir un juego, mostraría una inhibición, justamente por la acción de un super yo temprano que impediría la representación mediante el juego.

A través del mecanismo de la personificación en la actividad lúdica, el infante elabora situaciones traumáticas y de esta forma siente alivio de la presión superyoica. En este sentido, la proyección sobre el mundo externo de fantasías inconscientes portadoras de objetos persecutorios constituye un mecanismo de defensa contra la ansiedad (Klein, 1929). Al representar un papel el niño/a puede separar las ideas imperantes en su inconsciente y expulsarlas (escisión y proyección de imagos), con una sensación consecuente de alivio. El juego, por lo tanto, produce alivio y placer por la descarga de las fantasías masturbatorias y porque suprime el gasto energético de la represión, liberando las fantasías. De esta forma la tarea del analista consistiría en producir un enlace entre lo que el sujeto juega y la fantasía que está relacionada al Edipo temprano. Entonces, ¿qué posibilitaría la interpretación del analista? Según Klein, la niña o niño alcanzaría cierto alivio de la ansiedad y de la presión del super yo, en la medida en que aumente la capacidad para representar y fantasear.

Desde la propuesta kleiniana, el analista ocuparía un rol activo, ofreciendo interpretaciones frente al contenido del juego, descifrando el significado de cada símbolo por separado y también analizando la relación de cada factor con la situación total. Todo acto del niño o niña simboliza lo inconsciente y el analista lleva a cabo una traducción simultánea, donde los elementos y factores cobran significado si se interpreta exactamente como los sueños, revelando las fuentes y pensamientos subyacentes (Klein, 1926).

En este sentido, Klein (2005) insiste que la diferencia entre el psicoanálisis de niños/as y el de los adultos es “puramente técnica” y no de principios. Sostiene que la técnica psicoanalítica del juego no sólo se ajusta a las normas del método analítico de los adultos/as, sino que también produce los

mismos resultados. Las interpretaciones tienen una importancia esencial, ya que estas verbalizaciones a cargo del analista serían la única vía posible para el apaciguamiento de la angustia. La autora observa que los efectos de la interpretación son más rápidos y se manifiestan de diferentes modos: el afianzamiento de la transferencia, la disminución de la ansiedad y la expansión del juego.

Redefinir el objeto y el método.

Habiendo expuesto las principales nociones kleinianas en relación al juego, me pregunto ¿de qué orden y naturaleza es lo que se observa en el juego de los niños y niñas? ¿Cómo pensar y decidir la estrategia de la cura para el análisis de niños y niñas? Pienso que una posible forma de aproximarme a estos interrogantes es a través de algunos desarrollos de Silvia Bleichmar, para luego intentar establecer articulaciones entre el juego desde la perspectiva de Melanie Klein y el concepto de neogénesis.

En Clínica Psicoanalítica y Neogénesis, Bleichmar ha puesto en discusión una problemática que atañe a la clínica de niñas y niños, que consiste en definir el objeto de la misma. En cuanto a esto sostiene que:

(...) si el objeto del psicoanálisis es el inconsciente y el psicoanálisis es un método de conocimiento del inconsciente, la primera cuestión que se nos plantea es la siguiente: la clínica psicoanalítica de niños implica pensar niños con inconsciente; y esta formulación, aparentemente sencilla, nos remite desde el principio a los ejes más problemáticos que atraviesan todo el pensamiento psicoanalítico. (2000, pág. 20)

La autora plantea que se pueden agrupar dos grandes líneas que se han abierto en la historia del psicoanálisis, después de Freud, con respecto al origen del inconsciente. Una es la escuela kleiniana y por otro lado el estructuralismo francés de la mano de Jacques Lacan⁴. El inconsciente que Klein propone, el que da inicio a la clínica con niñas y niños, es un inconsciente existente desde los orígenes de la vida (por ende, su existencia en el sujeto no entra en discusión) y en correlatividad con las pulsiones.

Redefinir la cuestión del método por correlación al objeto, implica delimitar sobre qué objeto se va a trabajar. Como expuse, Melanie Klein propone la *phantasy* como materialidad constitutiva del inconsciente y objeto principal de la clínica psicoanalítica. Este pensamiento se inscribe en la teoría freudiana de dominancia endógena de la constitución del aparato psíquico, entendida como de proveniencia subjetiva, sin anclaje en lo histórico-vivencial, lo que lleva a entender el análisis en términos puramente “extractivos”. Este término hace referencia al análisis basado en la lectura desde un sistema organizado de sentidos, a partir de un modelo pulsional. Este sistema va a ser aplicado al niño

⁴ A los fines de este escrito me detendré sólo en lo referente a la escuela Kleiniana. Para un detalle de la discusión que plantea la autora S. Bleichmar remitirse a Clínica Psicoanalítica y Neogénesis, 2000. Págs. 20-26.

o niña en un análisis traductivo del juego, donde se transcribe a la situación singular un modelo general que se aplica al caso.

Silvia Bleichmar ha problematizado estas nociones, sosteniendo que la concepción del inconsciente innato, sede de fantasías presentes desde los orígenes de carácter universal, generó en el analista la creencia de tener una percepción directa de las fantasías de su paciente, lo que permitía la formulación de interpretaciones que devinieron clichés (1999, pág. 4; 2000, pág. 34).

En relación a esta forma de entender la constitución del aparato psíquico como de dominancia endógena, considero necesario señalar que numerosos planteos teóricos posteriores permiten afirmar que no es posible eludir la intervención del otro en la constitución del psiquismo del niño o niña.

J. Laplanche y J. B. Pontalis (1976) en una interesante revisión crítica de la obra freudiana, brindan pautas para repensar el estatuto metapsicológico de la fantasía, es decir, la pertenencia tópica. Llegan a considerar que los fantasmas originarios no sólo constituyen formaciones simbólicas complejas, producto de los distintos posicionamientos que atraviesa el sujeto en su circulación por la estructura edípica, sino que además son teorizaciones sobre los orígenes. Entonces, se trata de una actividad teorizante, articulada desde el preconsciente, impensable como existiendo desde los orígenes del psiquismo.

¿Cuál es el valor de estos debates metapsicológicos? Considero, siguiendo a Silvia Bleichmar (2000), que reflexionar sobre la existencia o no del inconsciente desde el comienzo, el poder problematizar estas cuestiones, tiene que ver con pensar si los humanos nacemos con o sin representaciones. Y la importancia de esto es que, como explicité en el capítulo anterior, las primeras representaciones son las que posibilitarán posteriormente la fantasía y el juego.

Esto lleva, a su vez, a repensar la experiencia clínica, principalmente cuando se abordan patologías no neuróticas y niños o niñas cuyo psiquismo se encuentra en proceso de constitución. En numerosas oportunidades, la reproducción de escenas no da cuenta de la expresión simbólica de fantasías, sino de un pasaje a lo real de “pedazos no digeridos de la realidad” o, como decía Freud en el Manuscrito M ([1897]1992), “restos de lo visto y lo oído”. Motivo por el cual es de vital importancia, establecer con precisión si el sujeto cuenta con representaciones, para luego determinar el estatuto tópico de estas representaciones.

Una forma de ilustrar estas cuestiones es a través de las observaciones que Silvia Bleichmar (1999) realiza sobre el caso Erna de Melanie Klein.

Klein procura encontrar los índices donde aparecería un intento de empleo comunicacional del juego en su paciente, para separarlos de aquellos momentos en los cuales la compulsión gana la actividad de la niña. Aquí Bleichmar sostiene que hay un elemento que obstaculiza toda la comprensión, se refiere al endogenismo con el cual la fantasía es concebida como de pura proveniencia subjetiva, sin anclaje en

lo vivencial, que ha depositado de modo traumático en la niña restos de escenas presenciadas que emergen en el juego como fragmentos no digeridos de lo real.

Del mismo modo, Silvia Bleichmar (1999) afirma que al igual que ocurre con los traumatismos severos, de los cuales fragmentos enteros aparecen en el interior de formaciones simbólicas como el sueño o el arte, en el juego de estos niños y niñas se ven emerger fragmentos de lo real vivido sin metabolización ni transcripción ante los cuales es necesario, más que interpretarlos, restituirlos en su carácter simbólico a través del establecimiento de formaciones de transición.

Fundación del inconsciente, condición de la clínica psicoanalítica.

En este punto se presenta una cuestión de base que marca una diferencia fundamental entre los desarrollos kleinianos y los bleichmarianos. Silvia Bleichmar (2000) en su teoría y su práctica propone que la primera tarea consiste en ver si hay o no inconsciente, definir la existencia del objeto en cada situación clínica concreta, lo que equivale a dejar abierta la posibilidad de que éste pueda no estar constituido.

La autora (2000) establece que para que haya psicoanálisis, es decir, para que se pueda implementar el método analítico, existen una serie de prerequisites: en primer lugar, el conflicto debe ser intersistémico, es decir, intrasubjetivo. Bleichmar considera que el padecimiento psíquico no es simple efecto de un displacer producido por el mundo exterior, sino producto de un desequilibrio libidinal que se establece *entre* los sistemas en el interior de la tópica psíquica y de la angustia. Esto implica un inconsciente ya constituido que permita la diferenciación tópica y, a partir de esto, el conflicto intersistémico, intrasubjetivo.

En segundo lugar, tiene que haber algo que pueda hacer consciente aquello que no es consciente. Se trata de una instancia psíquica, parte de la tópica, diferenciada del inconsciente. En este punto la autora habla de que el sujeto analizante (las niñas y niños específico para este ensayo), provisto de inconsciente, tenga también preconsciente, dado que esta es la condición que posibilita que estando estructuradas las relaciones lógicas, devengan síntomas las incongruencias a las cuales se ve confrontado el yo como efecto de la presencia del inconsciente.

Por último, debe haberse constituido y estar en funcionamiento la represión, como condición del clivaje tópico entre los sistemas psíquicos y de la diferencia entre el preconsciente (con su lógica del proceso secundario) y el inconsciente (operando la legalidad del proceso primario). Las representaciones-palabra, en sentido estricto, como enclave del significante en el doble eje de la lengua, son correlativas a la constitución de la lógica del preconsciente que permite posicionar al inconsciente como reprimido (Bleichmar, 2000, pág. 27).

¿Cuál es la importancia que tiene esta discusión? Creo que uno de los problemas que se plantea tiene que ver con poder definir si un niño o niña es analizable o no. Por ello, el criterio de analizabilidad implica pensar en la elección e implementación del método y, en consecuencia, las estrategias de la cura.

A partir de lo expuesto, es posible ubicar el problema de la analizabilidad y la importancia de un ordenamiento metapsicológico en cuanto a la noción de juego. Como detallé, para Melanie Klein, el juego es un equivalente de la asociación libre, y éste ha sido el acto fundacional más fuerte, por generar un campo que otorgue al análisis de niños y niñas un estatuto que permita la aplicación del método (Bleichmar, 1999, pág. 3). Podría pensar que la adecuación del método realizada por Klein fue en lugar de asociación por la palabra, asociación por el juego. En cuanto a esto, la autora sostiene que existe una analogía entre los medios de representación usados en el juego y en los sueños (Klein, 1926), y propone una equivalencia entre la interpretación del juego y la interpretación de los sueños como Freud enseñó.

Si tomo el juego como equivalente de la asociación libre, tal como plantea Klein, creo que surge un punto de divergencia con la noción de neogénesis. La autora sostiene que para comprender el juego durante la sesión se debe tener en cuenta no sólo el simbolismo que a menudo aparece claramente en los juegos, sino también todos los medios de representación y los mecanismos empleados en el trabajo del sueño, y se debe examinar el nexo total de los fenómenos. Con esta técnica se encontrará que los niños y niñas cuentan toda clase de cosas durante el juego que deben valorarse plenamente como asociaciones (Klein, 1926). Entonces, el juego en tanto técnica, sería la vía regia de acceso al inconsciente.

Por otro lado, neogénesis se encuentra dentro del marco de las intervenciones simbolizantes. A saber, se trata de que algo, que no estaba preformado, llegue a instalarse en virtud de la intervención analítica y de un proceso metabólico del lado del sujeto. Desde mi lectura, esto se lograría mediante el juego en análisis entendiéndolo en tanto hacer, como posible generador de procesos de neogénesis. En cambio, para Klein el juego es un medio de expresión simbólica de fantasías, deseos y ansiedades.

A su vez, la noción de neogénesis está asociada a las simbolizaciones de transición, que tienen por sentido permitir la apropiación de un fragmento representacional que no puede ser aprehendido por medio de la libre asociación. Desde mi punto de vista, esta apropiación sería posible mediante las simbolizaciones de transición producidas mediante el jugar en sesión. La operatoria de las simbolizaciones de transición consiste en puentes, auto-transplantes, en los cuales el analista incluye la perspectiva teórica, pero la entreteje con los restos vivenciales y excitantes de las representaciones de quien las padece (Bleichmar, 2004).

Como sostuve en el capítulo anterior, entiendo que es posible pensar el juego en análisis como esas acciones tendientes a simbolizar la experiencia, donde el analista contribuye a hacerlo desde el juego mismo. Se trataría de generar, a través del juego, estos puentes con los restos vivenciales y representaciones que van surgiendo.

Fue mi intención, en uno de los apartados anteriores, indicar que es necesario redefinir el objeto y el método con los cuales se trabaja en la clínica psicoanalítica con niñas y niños. Considero que la importancia de esto está dada en poder establecer ante qué funcionamiento psíquico estamos. Lo cual, a su vez, permite dar cierta coherencia a las intervenciones clínicas. Estas ideas se apoyan en Silvia Bleichmar(2000) quien retoma lo propuesto por Laplanche. Este autor entiende el psicoanálisis como conocimiento, en este sentido es una teórica (más que una teoría), pero también como práctica, como cierta transformación del hombre.

Laplanche denomina descriptivo y prescriptivo a dos órdenes presentes en el fenómeno analítico. Entiende al primero de estos como los conocimientos, los conceptos y los modelos, con su nivel de abstracción, de teorización o de simbolización, como esa descripción de los fenómenos del campo analítico; es decir, el modelo de aparato anímico con el que trabajamos. A su vez, el autor sostiene que ese campo está delimitado por reglas o prescripciones.

El orden prescriptivo tiene que ver con la especificidad de la situación analítica, definida por reglas que deslindan un campo destinado a hacer surgir ciertos fenómenos, reglas sobre las cuales se opera sobre determinado descriptivo (Laplanche J. , 1990). Los enunciados prescriptivos tienen que ver con la práctica, los actos: por qué se considera adecuado hacer o no hacer esto o lo otro, qué relación guardan las acciones escogidas por el terapeuta con el modelo del funcionamiento psíquico que las sostiene.

Siguiendo a Laplanche, puedo pensar que el descriptivo en la propuesta de Melanie Klein tiene que ver con un modelo de magnitudes pulsionales cuyo reflejo son las phantasy. En relación a esa descripción, el prescriptivo ante el padecimiento infantil, es la indicación de un psicoanálisis donde el analista deberá traducir lo que el niño o niña despliega en sesión.

En el artículo El carácter lúdico del análisis, Silvia Bleichmar (1999) reflexiona que esta traducción sería directa, ya que se trata de un inconsciente sede de fantasías presentes desde los orígenes y de carácter universal. Aquí me refiero a lo que anteriormente expliqué como análisis en términos “extractivos”. Esto generó en el analista, comenta la autora, la ilusión de que tenía una percepción inmediata de esas fantasías, lo que permitía la formulación de interpretaciones que con el tiempo devinieron cada vez más estereotipadas.

Como sostuve, Klein (2005) insiste que la diferencia entre el psicoanálisis de niños/as y el de los adultos es técnica y no de principios. Sostiene que la técnica del juego no sólo se ajusta a las normas del método analítico de los adultos, sino que también produce los mismos resultados. El analista debe entender el significado del juego e interpretarlo. Las interpretaciones tienen una importancia esencial, ya que serían la única vía posible para el apaciguamiento de la angustia.

Frente a esto puedo reflexionar, siguiendo a Bleichmar (1999), que no es tan fácil el traslado de las premisas entre el psicoanálisis de adultos y de niños y niñas. En primer lugar, porque es necesario considerar a las infancias como un tiempo propio de la estructuración del aparato anímico que se halla en proceso, y, por ende, no todo malestar que se presente en una consulta, da cuenta de un síntoma en sentido estricto. En este sentido, siguiendo los prerequisites que expuse como necesarios para implementar el método analítico, tomo la idea de que el conflicto debe ser intersistémico, lo que implica un inconsciente ya constituido que permita la diferenciación tópica.

En segundo lugar, y en correlación con el primer punto, debe haberse constituido y estar en funcionamiento la represión, como condición del clivaje tópico entre los sistemas psíquicos. Las representaciones-palabra, en sentido estricto, son correlativas a la constitución de la lógica del preconsciente que permite posicionar al inconsciente como reprimido (Bleichmar, 2000).

A partir de lo planteado, puedo advertir que el método –psicoanálisis como forma de acceso al inconsciente- sólo es posible de ser aplicado en la medida en que el objeto –el inconsciente en su correlación con los otros sistemas psíquicos- ha sido fundado. Bleichmar (1999) sostiene que sólo así, el juego puede operar “al modo de un lenguaje” como propone el kleinismo, siempre que su materialidad sea la de constituir un sistema abierto a la comunicación.

Desde mi lectura, creo que aquí se presenta otro punto de disyunción entre las concepciones kleinianas sobre el juego y la noción de neogénesis. Sostengo que la práctica no se reduce a encontrar lo que ya existe. No se trata, al modo kleiniano, de una lectura, extracción y traducción de la realidad pulsional; sino que afirmo la posibilidad de que se produzcan nuevas constelaciones simbólicas mediante el juego. Esta postura constituye una extensión de lo propuesto por Bleichmar con la noción de neogénesis:

El concepto de neogénesis viene a poner en discusión la idea de un preformado, pero también viene a rediscutir la idea de un determinismo fuerte, al plantear la posibilidad de una recomposición de las determinaciones en la vida de los seres humanos. (...) Creo que los analistas hemos pasado demasiado tiempo pensando que encontramos lo ya existente, cuando en realidad nuestra práctica no se reducía a ello, ya que en numerosas situaciones producíamos algo que no estaba previamente. (Bleichmar, 2000, págs. 60-61)

Tal como expuse, desde mi punto de vista, el jugar queda del lado de la neogénesis en los primeros tiempos de la vida cada vez que permite alguna forma de estructuración constitutiva del aparato psíquico. Me interesa subrayar la idea de que la acción de jugar constituye el escenario donde un hacer produce algo nuevo. Y a partir de esto, desarrollé la idea en el capítulo anterior, de que mediante el jugar en análisis, se formaría el yo de acuerdo a modos singulares y únicos de inscripciones deseantes. Por consecuencia, a partir de estas ideas es posible pensar en la fundación de instancias psíquicas mediante el juego.

El método analítico consiste en poner en circulación la palabra para que, en articulación con otras, permita el acceso a una significación velada no sólo para el sujeto, sino también para quien escucha. Sin embargo, como expliqué, no es tarea fácil el traslado de las premisas del análisis de adultos y niños, como propone el kleinismo. En la clínica con niñas y niños no se trata sólo de palabras, sino que, muchas veces en el juego emergen elementos que difieren de las representaciones.

Hay una diferencia importante, por un lado, en la representación que puede hacer un niño o niña que incluye “pedazos no digeridos de la realidad” o “restos de lo visto y lo oído”, como decía Freud ([1897]1992); y, por otro lado, un niño o niña que sólo fantasea realizando una recomposición por las líneas fantasmáticas propias de su momento libidinal. En el caso de las primeras, estas escenas que pueden aparecer en el juego infantil son, en palabras de Bleichmar, modos de significación de traumatismos con muy poca distorsión, y en los cuales aparecen elementos muy directos, no digeridos, del orden de lo indiciario. Los intentos por parte del psiquismo infantil de realizar una elaboración fantasmática ligadora, fracasan, quedando el trabajo de producción simbólica capturado y al servicio de una evacuación de lo traumático inmetabolizable. Dicho trabajo es el que se encuentra implicado en el juego que se produce durante una sesión con el niño o la niña. (Bleichmar, 2000).

Aquí surgen interrogantes para reflexionar en torno a la clínica: ¿a qué complejidad se halla expuesto el/la analista de niñas y niños en estas situaciones?, ¿qué hacer-jugar en el juego desplegado por el niño o niña?

En la operatoria de las simbolizaciones de transición el giro consiste en tomar estos elementos indiciarios, estas representaciones traumáticas que por su carácter inmetabolizable aparecen de manera directa, y darles un estatuto. Se trata de ligar los elementos de algún modo y posibilitar o construir una articulación simbólica que los sostenga. Al respecto Bleichmar afirma que “se trata de un entretejido en la membrana psíquica desgarrada, y esto no se puede lograr mediante el método clásico” (2000, págs. 63, 64). Entonces, si se trata de crear una membrana psíquica desgarrada, me pregunto qué variantes del método clásico serían posibles.

Como expuse anteriormente, la función del analista kleiniano tiene que ver con ofrecer interpretaciones frente al contenido del juego, los elementos que van apareciendo cobran significado interpretando del mismo modo que se interpreta un sueño, lo cual revela las fuentes y pensamientos subyacentes (Klein, 1926). Mi postura toma distancia del modo en que la teoría de Klein concibe la clínica, y me inclino a sostener que la tarea del analista se trataría de cercar los elementos indiciarios en un movimiento que genere las condiciones básicas para la simbolización posterior, en lugar de ofrecer significados a priori.

El método kleiniano, al modo del análisis clásico, trabaja sobre lo secundariamente reprimido, sobre aquellos contenidos que alguna vez fueron palabra y que, por lo tanto, son recuperables por medio de la asociación libre. Siguiendo a Bleichmar, entiendo a la represión originaria como real y no mítica, desde donde se desprende que el inconsciente no existe desde los orígenes de la vida, sino que su fundación se correlaciona con la represión originaria. Entonces, me pregunto qué sucede cuando aún no se ha establecido la represión originaria, qué sucede cuando lo que aparece en el juego es algo del orden de lo que nunca cayó bajo el efecto de la represión.

Creo que, para aproximarme a responder los interrogantes planteados, la noción de neogénesis permitiría articular otra perspectiva frente a la insuficiencia de la interpretación simbólica en los casos en donde lo arcaico emerge en el juego de un niño o niña en sesión.

En este sentido, las simbolizaciones de transición hacen posible el nexo, permiten la apropiación de un fragmento representacional que no puede ser aprehendido mediante la libre asociación que puede propiciar el jugar. Las simbolizaciones que ofrece el analista partiendo de lo histórico acontecido apuntan a engarzar indicios en la trama psíquica del yo del niño/a, al modo de autotransplantes que recomponen y articulan los elementos primarios (o traumáticos) desgajados que emergen. Este ofrecimiento del analista toma distancia de una operatoria traductiva del juego del niño o niña a la phantasy que, según Klein, le correspondería.

En esto consiste el aporte bleichmariano del concepto de neogénesis, como un “movimiento que en la práctica no se limita a recuperar lo ya existente, sino que intenta generar nuevas condiciones de simbolización, abrir nuevas posibilidades de vida” (Bleichmar, 2000, pág. 12). En este sentido, considero que concebir el juego en tanto generador de procesos de neogénesis no se reduce a entenderlo como expresión de los elementos pertenecientes a la phantasy. Sino más bien, como una manera de producir, mediante el jugar en sesión, nuevos elementos de articulación que den un producto diferente del preexistente.

¿Cómo se producirían estos nuevos elementos? Como sostuve, desde mi punto de vista entiendo que es posible hacerlo desde el juego mismo, donde el/la analista aporta un movimiento, un gesto, un dibujo, una frase, una acción. Todo esto tiene el valor de intervenciones analíticas que ofrecen simbolizaciones de transición. Creo que el término “transición” ofrece una pista para pensarlo, tal vez, de manera más concreta. Serían esas intervenciones que, mediante el jugar, apuntan justamente a una transición de los elementos indiciarios. Acciones simbolizantes que ligen esos restos de lo visto y oído y posibiliten o construyan una articulación simbólica que los sostenga.

Donald Winnicott, el gran teórico de lo lúdico.

Puntos de correlación con la noción de neogénesis.

En el intento de describir puntos de convergencias y/o divergencias entre las categorías claves de este ensayo, considero que no puede faltar la articulación con las nociones propuestas por el gran teórico de lo lúdico, como lo ha denominado Silvia Bleichmar (1999).

Me refiero a Donald Winnicott, quien perteneció al *Middle Group*, o Grupo de Pensadores Independientes de la Sociedad Británica de Psicoanálisis. Comparte algunas ideas con Melanie Klein, quien fue su supervisora, pero también se diferencia en otras, por ejemplo, no acepta la actuación del instinto de muerte al comienzo de la vida (Bardi, 2009).

El autor brinda diferentes definiciones sobre lo lúdico en distintas épocas de su obra, las cuales contribuyen a ampliar la perspectiva sobre el tema. En su texto “Realidad y juego” (1971) considera al juego como natural y universal, y una forma básica de vida. Señala que todos los niños y las niñas tienen la capacidad para jugar, y que lo propio de la niñez es el juego.

En ese mismo texto, Winnicott hace hincapié en el niño o niña que juega más que en el contenido del juego en sí. En relación a esto, comenta que muchos psicoanalistas han estado muy ocupados utilizando el contenido, como para detenerse y observar al niño que juega, y posteriormente escribir sobre el juego como una cosa en sí misma.

Una de las preguntas que se formula Winnicott (1942) es por qué los niños y niñas juegan, y al respecto presenta diferentes respuestas. En primer lugar, indica que juegan porque obtienen placer. Es decir, los niños/as gozan con todas las experiencias físicas y emocionales del juego. También sostiene que jugar permite expresar la agresión, posibilitando que los impulsos de odio puedan manifestarse en un ambiente conocido, sin retorno de violencia. Otro de los motivos es el control de la ansiedad, siendo la misma uno de los factores principales presentes en el juego para este autor. Además, posibilita adquirir experiencia; al respecto sostiene que para el adulto las experiencias externas e internas pueden ser ricas, pero para el niño/a las riquezas se encuentran principalmente en la fantasía y en el juego. El juego proporciona, también, una organización para iniciar relaciones emocionales y permite así que se desarrollen contactos sociales. Por último, Winnicott explica que el juego permite la unificación e integración general de la personalidad, es decir, allí el niño o niña relaciona las ideas con la función corporal.

En el capítulo anterior expuse que para Melanie Klein el juego, como el sueño, cumple una función de comunicación. En este sentido, Winnicott comparte esta idea de que en el psicoanálisis de niños y niñas pequeñas la comunicación es a través del juego, en lugar del lenguaje adulto, y sostiene que constituye el modo de comunicación por excelencia en la niñez (1942).

Winnicott ha sido uno de los pensadores dentro de la escuela inglesa que ha prestado especial atención en marcar el alcance de la función del semejante humano en el destino de la constitución subjetiva.

En esta línea, el autor aborda la conceptualización del desarrollo emocional del bebé sosteniendo que se trata de un trayecto que se dirige desde la dependencia a la independencia. Durante la primera etapa desde el nacimiento, el autor considera que el infante está casi permanentemente no integrado. Aquellos momentos de integración que experimenta se deben al sostén (*holding*) que le brinda la madre, tanto físico como emocional. En esta primera etapa, denominada dependencia absoluta, el autor plantea que una madre suficientemente buena es la que satisface las necesidades del bebé, lo cual requiere a su vez de un ambiente psíquico facilitador que en un primer momento se ofrezca con una plena disponibilidad para luego introducir la frustración.

La siguiente fase se denomina omnipotencia infantil. Si durante este período la madre continúa adaptándose de forma óptima a las necesidades del infante, el niño o niña se vuelve capaz de creer que el objeto satisfactor conoce todo lo que él o ella desea y al mismo tiempo, puede creer que dicho objeto es creado por él o ella misma. En este momento, según el autor, se sientan las bases del sentimiento de omnipotencia: el infante tiene la sensación de creación y control de todo lo que lo satisface.

En este sentido, esta sensación de crear algo por sí mismo/a, tiene la importancia de posibilitar la inauguración de la existencia de una vida interna, una realidad que le pertenece a él/ella y no a los demás (Aranguren, 2011). En palabras de Winnicott: “lo que hace que el individuo sienta que la vida vale la pena de vivirse es, más que ninguna otra cosa, la apercepción creadora” (1971, pág. 93).

Por otro lado, a través del contacto con la realidad y el influjo que ésta ejerce, se va dando paso la percepción objetiva, que lleva a la capacidad del niño o niña para darse cuenta de que el pecho no es parte de él/ella. Aquí, un punto que me parece interesante resaltar es que en este paso del estado primario a aquel en el cual se constituye la percepción objetiva, el autor señala que la apercepción creadora no desaparece con el influjo de la realidad, sino que, se vincula con ella. Considero que este aspecto creador resulta significativo para este ensayo, ya que es el que permite el desarrollo de la ilusión, la imaginación y el juego en el niño o niña (1971).

En la tercera etapa, denominada hacia la independencia, se incrementa la percepción objetiva, mediante las frustraciones óptimas que la madre suficientemente buena va facilitándole a la niña/o. Las frustraciones óptimas aluden a actitudes que gradualmente toma la madre mediante las cuales no satisface completamente la demanda del niño o niña. De esta manera, el niño o niña no resulta traumatizado por dichas frustraciones, sino que aprende a esperar.

De a poco, siguiendo este proceso, la madre irá ausentándose del lado del infante. Por consiguiente, el niño/a debe poder instrumentar nuevos recursos que le permitan afrontar y mitigar la

ansiedad que le provoca esta ausencia. Entre estos nuevos recursos, el sujeto implementará al objeto transicional (Winnicott, 1971). Si estas etapas son transitadas de manera óptima, el infante puede tener un mundo interno propio desde el cual vivencia subjetivamente sus experiencias y participa de una realidad objetiva compartida con otros seres humanos. La capacidad de vincular ambos aspectos – objetivos y subjetivos– da cuenta de un desarrollo saludable en términos winnicottianos.

Expuse entonces que, en este proceso de constitución subjetiva desarrollado por Winnicott, el niño o niña mantiene la creencia de que es creador/a del objeto. También sostuve la importancia de la apercepción creadora, ya que es la que permite el desarrollo de la ilusión, la imaginación y el juego.

El objeto transicional y la tercera zona

El gran aporte de Winnicott (1971) sobre la constitución de lo transicional, produjo una novedosa concepción psicoanalítica acerca del jugar. Su estudio de los espacios en los que se genera la relación del sujeto con el otro lo llevó a delimitar un tipo de objetos y fenómenos circulantes centrales para la producción de intermediaciones simbólicas. Con su original conceptualización del juego infantil otorga un valor fundamental a la ilusión en el proceso de constitución de la realidad, a partir de la función ejercida por el otro, logrando de este modo poner en cuestión la concepción endogenista del símbolo vigente en la perspectiva kleiniana.

Winnicott propone que la experiencia de intercambio simbólico entre los seres humanos, no sucede “dentro” o “fuera” de ellos, sino en una tercera zona de experiencia. Esa zona no está ni dentro ni fuera de cada sujeto, pero al mismo tiempo está adentro y afuera, se trata de un “espacio potencial” que se construye entre ellos. La idea winnicottiana de proponer una tercera área de experiencia fue transgresora en el medio psicoanalítico inglés, fuertemente dominado por el pensamiento kleiniano.

En términos generales, los psicoanalistas pensaban que las experiencias subjetivas se ordenaban a partir de dos términos: adentro-afuera. La experiencia que vive el sujeto es, o bien, puramente fantaseada, influida por sus propios deseos inconscientes (entonces sucede “adentro”) o es puramente objetiva y sin contacto de los propios impulsos (sucede “afuera”). La propuesta de pensar el intercambio de los seres humanos en términos de una tercera área de experiencia, lleva a Winnicott a inventar un objeto distinto al que llamó objeto transicional. Este es un objeto que escapa a la lógica de lo “interno-externo” a la que están sometidos los objetos que plantea Melanie Klein (Nella, 2020).

Me interesa destacar que, en el camino que detallé anteriormente que va de la dependencia a la independencia, de la ilusión a la desilusión, cuando se va produciendo el distanciamiento entre la madre y el bebé y se abre allí el espacio transicional, en ese momento el autor sitúa el primer acto de creación en el humano. En este espacio el bebé es llamado a crear un sustituto, como decía, ante la ausencia del objeto de satisfacción. La creación va a estar vinculada al ofrecimiento de un objeto que haga el otro, en el preciso instante en que el cachorro humano lo busca. Esa coincidencia le otorga al infans la creencia de que es capaz de crear el objeto (Winnicott, 1971).

En este sentido, Winnicott plantea el rol de la madre como facilitadora u obstaculizadora de la capacidad creadora del niño o niña en su concepción de la salud mental. El sostén garantizado por la preocupación maternal primaria protege el “seguir siendo” del infante, en términos de integración. A su vez, la capacidad materna de generar el campo de la ilusión permite al infante disfrutar de la creación y el control omnipotentes, y llegar gradualmente a reconocer el elemento ilusorio, es decir, el hecho de que está jugando e imaginando (1996). La falta de confiabilidad o la pérdida del objeto significan un deterioro de la zona de creación y la pérdida del símbolo significativo. En circunstancias favorables, el espacio potencial se llena de los productos de la imaginación creadora.

Sintetizo entonces la importancia de la noción de tercera zona: la capacidad de jugar que se ensancha en el vivir creador y en toda la vida cultural del hombre. El juego es, de esta manera, heredero del objeto transicional y es concebido por el autor como actividad constitutiva del psiquismo. En este punto es posible formular la pregunta: ¿Cómo tensar estas ideas winnicottianas sobre el juego y la noción de neogénesis que trabajo en este ensayo?

Tal como expuse, Winnicott sostiene que los objetos y fenómenos transicionales son centrales para la producción de intermediaciones simbólicas. Desde mi punto de vista, entendiendo el jugar como un hacer sobre el mundo exterior que transforma el mundo interno del niño o niña, y pienso que en esa transformación creadora puede ir constituyendo y ampliando su capital representacional. Sostengo entonces que de esta manera sería posible pensar en generar procesos de neogénesis mediante el jugar en análisis.

Silvia Bleichmar presenta el caso Alberto en *La fundación de lo inconsciente* (1993). No es mi intención aquí realizar una descripción detallada del caso, sino que pretendo mostrar el tipo de intervención que realiza la autora⁵ con el fin de ilustrar los procesos de neogénesis a los cuales me refiero. Bleichmar ubica al niño, de 5 años, dentro del campo de la psicosis simbiótica. La dirección del tratamiento estuvo enfocada en intentar ligar y crear las condiciones de estructuración que permitieran una neogénesis. Al respecto la autora comenta sobre la dificultad con que se encuentran los analistas para el empleo de la interpretación en aquellos casos en los cuales la fuga de ideas y la excitación motriz generan la sensación de que las palabras dirigidas a los pacientes parecerían no encontrar anclajes en los cuales entramarse.

En este sentido, Bleichmar señala que donde tal vez otro analista hubiera hecho una interpretación de las fantasías inconscientes que apelara a un adentro/afuera ya constituido, ella lo que le ofrece al niño es una construcción. Una de las cuestiones que presentaba Alberto era que los ruidos fuertes lo aterrorizaban. Durante una sesión, ante los ruidos de una motocicleta venidos de la calle, lo primero que intentó el niño no fue taparse los oídos, sino que corrió a cerrar la ventana y luego se aferró, aterrado, a las piernas de la analista.

⁵ Para una lectura detallada del caso dirigirse a *La fundación de lo inconsciente* (1993, págs. 131-176)

La autora explica de qué manera define las construcciones: “intervenciones estructurantes que no se dirigen a contenidos inconscientes, sino a propiciar modos de recomposición psíquica poniendo de manifiesto las determinantes que rigen el funcionamiento habitual” (1993, pág. 142). En este caso, la analista no busca explicarle que la moto no puede volar y entrar por la ventana, o que no puede subir por la escalera. En cambio, rodeó con sus manos la cabeza de Alberto, como constituyendo una protección, aclara la autora. Le habló de los objetos que entran en su cabeza, de cómo se debe sentir la cabecita abierta a todas las cosas que entraban y salían, y le propuso ayudarlo a lograr, juntos, que sintiera que podía abrir y cerrar su cabeza para recibir aquello que hoy lo invadía partiéndolo en pedacitos.

El proceso clínico con Alberto, sostiene la autora, intenta construir inicialmente una “primera posesión de sí mismo”, a partir de la cual establecer una diferenciación. Por un lado, intrapsíquica, es decir diferenciación con el inconsciente; por otro lado, intersubjetiva, esto es una separación con el objeto de amor (Bleichmar, 1993).

Posteriormente buscará la “primera posesión no-yo”, donde mediante el objeto transicional y espacio transicional se evidencie la primera utilización de un símbolo por parte del niño y su primera experiencia de juego (Winnicott, 1971).

A través de este ejemplo, pienso que es posible incorporar este tipo de construcciones en el devenir del juego de los niños y niñas, buscando, antes que interpretar, proponer anclajes a las movilizaciones de investimentos que se precipitan hacia la descarga. Facilitar ligazones mediante acciones, gestos, trazos, como fue sostener la cabeza de Alberto por parte de Bleichmar, a la manera de recurso estructurante que propicie la consolidación del psiquismo y sus funciones. Es decir, generar procesos de neogénesis. Luego, la autora intenta generar esa tercera zona con el fin de favorecer, mediante un objeto transicional, la capacidad de jugar.

Aportes sobre la creatividad

Traigo nuevamente algunas líneas que expuse para pensar lo lúdico en Freud a partir del texto “El creador literario y el fantaseo” de 1907. El autor sostiene que todo niño o niña que juega se comporta como un poeta, pues se crea un mundo propio. De esta forma, Freud compara al niño/a que juega con el creador artístico y subrayé que allí está estableciendo el carácter de creación que tiene el juego, es decir, crear algo que no existía.

Pienso que estas nociones son las que más se van a emparentar con la idea de creatividad de Winnicott. El autor (1971) entiende la creatividad primaria como aquella experiencia en la que el niño o niña encontrando un objeto ya existente, lo crea para su psiquismo. En este sentido, Vera, R., Cereta, A, y otros sostienen que el niño o niña es artesano de ese objeto subjetivo. Todo niño y niña debe hacer esta experiencia constitutiva y las huellas inscriptas son el capital representacional con que cuenta para armar su trama psíquica singular. En este trabajo de apropiación, el psiquismo adquiere la fuerza, el

empuje propio de la pulsión de apoderamiento para las diversas actividades. En relación a la simbolización puede armar y ampliar sus redes simbolizantes consolidando su capacidad de creación (Vera & Ceretta, 2020).

Como detallé en el primer capítulo, Winnicott (1971) ha hecho un distingo entre *game* y *playing* que interesa también para pensar en el tema de la creatividad. Lo que tiene que ver con un juego definido por las reglas que guían su desarrollo (*game*) difiere mucho de la acción de jugar, aquella que se desarrolla libremente (*playing*). Es así que el jugar no apunta tanto al contenido, sino al gesto del jugar, al desarrollo del mismo. Entonces, el autor alude al *playing* como criterio clínico que da cuenta de la capacidad de creación simbólica, ligado a la espontaneidad y funcionamiento del aparato psíquico en su desarrollo emocional. En este punto, coincido con el autor cuando afirma que jugar supone siempre una experiencia creadora, lo que pone de manifiesto que el desarrollo psíquico del sujeto se va produciendo mientras juega, ubicando así al juego en el campo de lo saludable. De esta manera, a través del juego la niña o niño se ocupa de forma creativa de la realidad externa.

A partir de lo desarrollado, tomo dos líneas propuestas por el autor, que me resultan interesantes para tensarlas con la noción de neogénesis: la idea de juego como puesta en acto de un potencial creativo, y la noción de que la psicoterapia se da en la superposición de dos zonas de juego, la del paciente y la del terapeuta.

Para Winnicott (1971) no se requiere de un intelecto privilegiado para el desarrollo de la creatividad, sino de un ambiente que haya promovido el desarrollo de las potencialidades que todos poseen por el hecho de estar vivos. A partir de esto, podría pensar en el espacio analítico como ese ambiente suficientemente bueno, o esa tercera zona donde se despliegan la capacidad de jugar y el potencial creativo.

El autor entiende la transferencia como un diálogo, un “entre dos”:

La psicoterapia se da en la superposición de dos zonas de juego: la del paciente y la del terapeuta. Está relacionada con dos personas que juegan juntas. El corolario de ello es que cuando el juego no es posible, la labor del terapeuta se orienta a llevar al paciente, de un estado en que no puede jugar a uno en que le es posible hacerlo. (1971, pág. 61)

Es decir, el trabajo analítico buscará el despliegue de los fenómenos transicionales, y de esa manera favorecer el paso de un no jugar a un estado en que sea posible que el paciente juegue.

La posibilidad de vivenciar experiencias creadoras en este espacio transicional es lo que me guía para proponer pensar al juego en análisis como generador de procesos de neogénesis. Cuando el/la analista invita al niño o niña a jugar, no sólo le propone domeñar cantidades de excitación (a la manera freudiana de Más allá del principio del placer); no sólo le propone un escenario para el despliegue de la fantasía (según el método kleiniano); sino que lo que le ofrece es un espacio donde el niño o niña puede

poner en acción la capacidad de jugar, simbolizar y crear. Entendiendo al jugar entonces como esa acción simbólica que permite producir neogénesis en transferencia.

¿Qué función cumple el analista desde esta perspectiva? Pienso que la intervención produciría un efecto de neogénesis cuando se construye un escenario simbólico, cuando la técnica se orienta a un modo de intervención que apela a todas las formas creativas de simbolización, abriendo nuevos caminos a la ligazón y a la producción psíquica. En este sentido, Bleichmar afirma:

Yo tomo neogénesis en el sentido profundo, como algo que se va instaurar en el campo de trabajo con el paciente, no porque en la vida no pueda haber espontáneamente procesos de neogénesis, sino porque estoy trabajando sobre las formas mediante las cuales podemos producirlos y articular ciertas direccionalidades en estos procesos de neogénesis. (2000, págs. 60, 61)

En este sentido, la autora tiene presente en su propuesta la idea winnicottiana que se desmarca de la interpretación clásica del retorno de lo reprimido, para señalar que los analistas de niños y niñas se enfrentan muchas veces a situaciones que exigen intervenciones que aporten sentido para elementos que provienen de la irrupción de procesos primarios. Aquí las intervenciones simbolizantes apuntan a inaugurar nuevas vías, y sostengo que es posible pensar en el jugar como posibilitador de estos procesos.

En “Realidad y juego” Winnicott sostiene: “Ahora examinaré un rasgo importante del juego, a saber: que en él, y quizá solo en él, el niño o el adulto están en libertad de ser creadores” (1971, pág. 79), y en este sentido pienso al trabajo analítico como esa tercera zona que invita al jugar como puesta en acto de la creatividad y, tal vez, como efecto de esa acción donde analista y niña/o superponen sus zonas de juego, para dar lugar a la producción de algo inédito como proceso de neogénesis.

Un ejemplo significativo del modo en que podría pensar intervenciones simbolizantes que apunten a generar condiciones para procesos de neogénesis lo constituye la propuesta del juego del garabato que hace Winnicott. El autor comienza explicando el juego al niño o niña de esta manera: “Juguemos a algo. Te mostraré a qué me gustaría jugar a mí” ([1968]1991, pág. 27). Le dice lo que le gusta *hacer* a él, le muestra, y después lo invita a hacer algo parecido. Sin mirar, garabatear sobre una hoja, para luego encontrar allí, en esos mamarrachos, alguna figura. La técnica se limita a eso, y el autor señala que es absolutamente flexible, en cuanto si el niño o niña en vez de dibujar quiere charlar, jugar con los juguetes, o hacer música, o pasear por la pieza, se siente en libertad de amoldarme a sus deseos.

Me interesa destacar la idea de *hacer* mediante el juego del garabato. Respecto a esto, considero interesante traer aquí las nociones de Ricardo Rodulfo, quien explica el mamarracho o garabato como forma de ligazón donde la niña o niño *hace*. El autor sostiene que tradicionalmente los psicoanalistas no se interesaron en el mamarracho, sino que les importaba más descifrar el significado inconsciente de una figura. Entonces, frente a esto propone el deslizamiento no por el significado, sino por lo que hace un niño/a al hacerlo (Rodulfo, 1999).

Para Rodolfo, el mamarracho comporta una función de ocupación de un espacio inédito antes de él; es decir, no escrito, no generado como espacio. “El mamarracho *hace* materialmente la espacialidad de ese espacio; la idea de "ocupación" debe aclararse, pues no es la ocupación de algo que preexistía sino la ocupación como hacer emerger una dimensión novísima en los procesos de subjetivación” (1999, págs. 109, 110). Esto explica, para Rodolfo, la compulsiva necesidad del niño/a que garabatea, de encastrar con su trazado hasta el último rincón de la hoja o su propia mano. Entonces, al garabatear, garabateando, se constituye una espacialidad inédita, de largos y complejos efectos sobre el psiquismo.

Es así que, siguiendo a Winnicott y a Rodolfo, puedo considerar al juego del garabato y al mamarracho como procesos de producción de algo que no existía previamente en calidad de neogénesis. Pensándolos en tanto trazo que se abre a una multiplicidad de significaciones potenciales. Lo que va de la mano de las simbolizaciones de transición, de las cuales se vale el/la analista para, como expuse anteriormente, posibilitar modos de engarzar indicios que aparecen en el juego o en el dibujo en la trama psíquica del sujeto.

A mi entender, un ejemplo expuesto por Rodolfo en su texto “Dibujos fuera del papel” (1999) puede servir para pensar en la psicoterapia como dos zonas de juego que se superponen, donde se busca el despliegue de los fenómenos transicionales. Como así también la contemplación de diferentes elementos al momento de pensar la intervención.

En una sesión con un niño de 4 años, Rodolfo decide intervenir ironizando sobre la postura fálica que asume el niño y sus abruptas incongruencias. El analista utiliza un cochecito intentando la proeza de andar sobre un costado en dos ruedas solamente, siempre desembocando en una patinada, caída o choque, y lo asocia a los comportamientos cotidianos del pequeño. También trae a la escena lúdica un dibujo, realizado por el chico, donde su cabeza se emparejaba a la altura del sol, en una postura corporal oblicua como la del cochecito.

El analista le dice al niño que ese coche pretende hazañas desmedidas, para al mínimo contratiempo lanzar un "ay mami mami mami". El tono de esta intervención provoca en el pequeño una explosión de risa. La entonación, que además implica una oferta de juego, afirma el autor, se convierte en una especie de contraseña *entre* ellos, que el niño reproducirá a menudo a lo largo del tratamiento.

Resulta interesante, en esta viñeta, como diferentes elementos (juguetes, dibujos, trazos, gestos, voz) aparecen en la escena y son incorporados a manera de intervención simbolizante. La voz, señala Rodolfo, no es un accesorio, sino que es un elemento que no puede faltar para que se constituya un verdadero espacio analítico, verdadero espacio de juego transicional.

Tal como desarrollé, en la concepción del desarrollo emocional que plantea Winnicott, el infante está casi no integrado durante el primer tiempo desde el nacimiento. Gracias al sostén o *holding* que le brinda la madre, el niño o niña puede empezar a experimentar momentos de integración. Esto quiere decir que el *holding* permite y protege el “seguir siendo” del infante. Así mismo, la capacidad materna de generar el campo de la ilusión, durante este proceso, le permite al infante disfrutar de la creación y el control omnipotentes. De acuerdo con su concepción de salud mental, el autor entiende que la madre puede ser facilitadora u obstaculizadora de la capacidad creadora del infante (Winnicott, 1996).

Por otro lado, Wilfred Bion propone el concepto de *reverie* en su teorización sobre el surgimiento de las funciones psíquicas en el sujeto. Este autor, a partir de concepciones kleinianas, trabaja con la idea de que el sujeto evacua, expulsa o proyecta elementos determinados por el instinto de muerte. Sin embargo, no considera al otro sólo como una pantalla de proyección. Sino que, mediante la *reverie*, el semejante humano efectúa un verdadero proceso metabólico que favorece las funciones de simbolización del lado del lactante. Es decir, la *reverie* describe la actitud de la madre/padre frente a las comunicaciones del bebé, cuando es capaz de metabolizar las experiencias primitivas que el niño o niña le proyecta. Los elementos primarios, al transformarse en elementos capaces de ser metabolizados, producen crecimiento simbólico en el niño o niña (Bion, 1962).

Las hipótesis de Bion trazan una analogía entre el vínculo del paciente con el analista durante la sesión, y la elaboración de las experiencias primitivas del bebé en su relación con la madre. No es mi intención aquí extenderme en ambas conceptualizaciones, no obstante, pienso que el *holding* y la *reverie*, me permiten reflexionar en la tarea del analista.

Considero posible afirmar, a modo de cierre de este apartado y tomando en cuenta los aportes de Bion y Winnicott, que la tarea del analista está atravesada por la función de *reverie*, metabolizante y posibilitadora de transformación y neogénesis de elementos.

Así también puedo pensar en la función del analista ligada al *holding* winnicottiano, como un modo de posicionarse en función de crear las condiciones de sostén suficientemente buenas para favorecer la constitución de un espacio transicional o tercera zona.

Sintetizando: *holding* para propiciar un espacio donde transcurran los objetos y fenómenos transicionales favoreciendo lo lúdico, el hacer jugando; y *reverie* como potencia de metabolización, creación y simbolización. Ambas operatorias: *holding* y *reverie*, operarían entonces como modos de generar procesos de neogénesis.

A partir de los aportes desarrollados anteriormente sobre la creatividad tal como la entiende Donald Winnicott, encuentro que sus ideas tienen consonancia con el concepto de imaginación radical acuñado por el filósofo y psicoanalista Cornelius Castoriadis.

Este autor se interesó especialmente en el tema de la imaginación. Rueda, E. (2010) sostiene que la relevancia del concepto de imaginación radical de Castoriadis radica en la potencia que le otorga a la psique humana, en cuanto a su capacidad de creación ontológica, siendo el rasgo principal que nos diferencia del resto de los seres vivos derribando cualquier intento de atribuir a nuestra esencia determinaciones inmutables y a-históricas.

Partiendo del modelo freudiano del psiquismo, Castoriadis propone una reelaboración y define a la psique como flujo indeterminado de representaciones-afectos-deseos, en tanto expresión o modo de ser de la imaginación radical. Es decir, es ésta la que constituye y hace emerger ese flujo que origina un mundo de sentido propio para cada sujeto. Este será el punto de partida, según el autor, para el proceso de estructuración del psiquismo (1998). Entonces, la imaginación radical es la esencia de la psique, condición de posibilidad para el surgimiento y creación de la realidad humana.

Castoriadis afirma que la imaginación, como imaginación radical de la psique singular, es fuente de creación de figuras/modelos de lo pensable, es decir, de esquemas imaginarios que sostienen lo pensable. La creación en términos de este autor supone creación ex-nihilo, esto es, hacer-ser una forma que no estaba allí, disposición de nuevas determinaciones, creación de nuevas formas del ser que no son producibles ni deducibles a partir de otras ni de condiciones precedentes (2005).

Aquí hallo posible un punto de convergencia entre la noción de imaginación radical de Castoriadis y los procesos ligados a la neogénesis.

A lo largo del escrito, me interesó subrayar la idea de que el jugar enlazado con la noción de neogénesis, supone siempre una experiencia creadora. Lo que pone de manifiesto que el desarrollo psíquico del sujeto se va produciendo mientras juega.

Entonces, entender el jugar como generador de procesos de neogénesis, en su carácter estructurante de la constitución psíquica, puede ser comprendido en términos de imaginación radical. En tanto creación de esquemas que sostienen lo pensable, es decir, el mundo de sentido para cada sujeto.

Considero posible pensar en el jugar en términos de imaginación radical como capacidad de creación ontológica. Me parece sumamente importante la noción del autor en tanto generación de elementos psíquicos nuevos, no sólo recomposición de inscripciones, sino creación. Creación ex nihilo, la conjunción en un hacer-ser de una forma que no estaba allí, la creación de nuevas formas de ser, tal como expuse.

De esta manera, sostengo que los procesos ligados a la neogénesis, en calidad de intervenciones mediante el jugar en el análisis, encuentran un punto de convergencia con la imaginación radical en tanto *poiesis*. Con *poiesis* me refiero a la creación, derivada del hacer. Imaginación radical en convergencia con neogénesis entonces, como la generación de elementos psíquicos nuevos, no sólo recomposición de inscripciones, sino creación.

Autores y autoras contemporáneos argentinos.

Aportes sobre el juego y posibles articulaciones con la noción de neogénesis.

A lo largo del escrito he realizado un recorrido por el lugar del juego en el psicoanálisis: en principio por su papel respecto a la elaboración del traumatismo, como factor de cumplimiento de deseos y su aspecto creativo en analogía con el quehacer poético, todo esto desde la perspectiva freudiana. A continuación, desde el enfoque kleiniano desarrollé la idea del juego como técnica y medio de expresión simbólico de fantasías, lo que permite el alivio de la ansiedad y la presión superyoica. Luego, con las teorizaciones de Winnicott, quien entiende el juego como forma básica de vida, natural y universal. Expuse también sus ideas sobre el jugar como puesta en acto de un potencial creativo y en tanto heredero del objeto transicional y la tercera zona.

En relación a la temática del juego la producción es vasta en diferentes disciplinas y enfoques. Desde el psicoanálisis ha sido objeto de diversos estudios, tanto por su importancia en la vida anímica de los niños y niñas, como por su relevancia en el contexto de la psicoterapia psicoanalítica.

Los autores psicoanalíticos clásicos, me refiero a Freud, Klein y Winnicott, resultaron referentes importantes para hilar las distintas aristas del ensayo. Sin embargo, considero sumamente relevante poder problematizar, reflexionar, y debatir con nuestros autores. Aquí digo “nuestros” ya que en Argentina contamos con pensadores cuya producción académica es extensa, potente y rica en conocimiento.

“Imaginación, Fantasía y Juego” es la investigación de Virginia Ungar publicada en 2017 en la revista de la Asociación Psicoanalítica de Buenos Aires. Mediante la modalidad de ensayo, la autora intenta acercarse a la relación entre el juego de los niños y niñas, la imaginación y la fantasía. Desde la perspectiva ligada a la capacidad de imaginar como la raíz de la creatividad, propone una definición de juego que resulta significativa para mis desarrollos: “(...) Juego como el ejercicio de la conjetura imaginativa por medio de la acción, porque los chicos al jugar, hacen cosas” (2017, pág. 9).

Ungar al realizar un recorrido por la teorización kleiniana, plantea que el juego es considerado como una manera de expresión privilegiada, de la misma manera que el lenguaje verbal lo es para los adultos. Una posible variante que propone la autora es tomar las reflexiones kleinianas en el sentido de que el juego es la manera natural de expresión de un niño o niña que no tiene lenguaje, es decir, hace uso del juego como lenguaje como si usara una muleta hasta estar en posesión plena del lenguaje hablado. Otra posibilidad que quizás no sea excluyente de la primera, es pensar al juego como productor, como creador de significado. Así sostiene que entre el juego y la imaginación parece haber una consonancia. Dicho de otra manera, “así como la imaginación produce y no re-produce, el juego produce y no solamente expresa o re-produce” (2017, pág. 9).

Siguiendo esta línea de pensamiento, no es que el juego expresa una fantasía que ya existe, o vehiculiza un contenido presente en la fantasía; más bien transforma ese contenido en el acto de jugar y origina algo nuevo. Esta idea adquiere significado para mi enfoque en la medida en que el juego no sería solamente visto como una instancia en la que el niño o niña se expresa, sino como un espacio en el que el infante produce y lo que produce es un acto de creación, que puede ser de un objeto, de una idea, de un fenómeno cultural.

Creo que aquí la noción bleichmariana de neogénesis encuentra un punto de convergencia con las ideas propuestas por Ungar, en tanto entiende al juego como una operatoria que produce y no solo expresa o re-produce, sino que piensa al juego como acto de creación.

Otra reflexión interesante que Ungar propone proviene de su propia experiencia en el consultorio con niños y niñas y, principalmente de la tarea de supervisión. Apunta que el juego creativo es siempre un juego con otro, que en el exterior sanciona al juego como tal. Desde esta perspectiva, el juego produce, pero es necesario puntualizar que la sanción de aquello que produce tiene que provenir necesariamente de un exterior al juego. La autora indica que en sí mismo, el juego de un infante no tiene un exterior que le marque su límite y de esa manera le marque su naturaleza de juego. De ahí, que es necesario que el analista ocupe plenamente un lugar que dé a entender que él se hace cargo, al menos en un principio, de estar en un lugar que es interior y a la vez exterior, en el seno del cual se piensa acerca de lo que está ocurriendo (Ungar, 2017).

Ungar sostiene que “hay terapeutas que tienen muy buen contacto con el pequeño paciente, que juegan pero que no pueden incluir esa instancia (...) en las interpretaciones” (2017, pág. 10). Aquí puedo agregar que como analistas es necesario jugar, tal como proponía Winnicott, y a su vez, incluir los indicios y elementos en la trama de las intervenciones simbolizantes y procesos de neogénesis. En relación a esto, me parece interesante pensar en los procesos de neogénesis como algo que se va a instaurar en el campo de trabajo con el paciente, no porque en la vida no pueda haber espontáneamente tales procesos, sino que tiene que ver con las formas mediante las cuales los analistas pueden producirlos y articular direccionalidades en dichos procesos de neogénesis. Este punto de vista se apoya en lo que sostiene Bleichmar en su libro *Clínica Psicoanalítica y Neogénesis* (2000, págs. 60, 61).

Para sintetizar, considero que los desarrollos de Ungar resultan ricos en su planteo del juego como productor y no sólo como que expresa o reproduce; así como también sobre la necesidad de un otro analista que sancione al juego como tal y lo introduzca en la trama de las intervenciones, punto de amarre con las intervenciones simbolizantes y neogénesis. El juego creativo es siempre un juego con otro, afirma la autora, que sanciona al juego como tal. Esa superposición de las dos zonas de juego a la manera winnicottiana.

Bajo ese título se agrupan una serie de artículos que dan testimonio de cinco años de trabajo de la cátedra “El juego en los límites: El psicoanálisis en la clínica de problemas en el desarrollo infantil”, a cargo de Norma Bruner, como autora y compiladora, en la Facultad de Psicología de la Universidad de Buenos Aires. Bruner (2019) sostiene que la riqueza y el valor de los textos seleccionados no sólo reside en la reconocida trayectoria de sus autores, sino también en que éstos, si bien expresan en muchos puntos comunidades de posiciones, al mismo tiempo y desde la singularidad del recorrido de cada uno plantean contrapuntos que abren intervalos a la lectura. Para el presente ensayo he seleccionado los textos que, a mi criterio, me dan puntapié para continuar repensando la temática propuesta.

Para comenzar, expongo la manera en que Bruner entiende al juego. Al respecto afirma que:

Es en el juego donde los niños se apropian y escriben las marcas que luego podrán leer, cuestionar, analizar. En el juego y al jugar un niño introduce los significantes primordiales a “su historia” y, en consecuencia, si no hay juego no hay historia, ni infancia. (2019, pág. 17)

Es así como la autora presenta la postura que sostiene, investiga y formaliza con respecto al valor del juego y su función para la constitución subjetiva en la infancia y la clínica psicoanalítica. Me parece sumamente interesante su propuesta, ya que considera al juego como vehículo a través del cual el niño o niña podrá conquistar su historia.

Creo que una idea similar puede encontrarse en la concepción de Silvia Bleichmar sobre el inconsciente. Tal como expuse anteriormente, la autora considera el inconsciente estructurado históricamente a partir de experiencias que lo determinan. Tomar la historia como elemento determinante en la constitución subjetiva quiere decir que se produce un ensamblaje entre estructura y acontecimiento, entre determinación y azar. Bleichmar (2000) afirma que esto tiene interés práctico para la elección de la intervención analítica.

Como desarrollé en capítulos precedentes, los niños y las niñas pueden poner en acto, jugar, mostrar, garabatear, armar alguna articulación significativa que dé pistas para que los/las analistas construyan los recorridos junto a ellos o ellas. De esta forma, tomar la historia como elemento determinante en la constitución subjetiva, brinda la posibilidad de abrir, a partir de ello, procesos de neogénesis. Esto significa que la intervención del analista busca producir elementos nuevos de recomposición y de articulación que den un producto diferente del precedente.

De manera análoga, Bruner afirma que los niños y niñas “podrán conquistar su historia si el trabajo de la intervención clínica psicoanalítica e interdisciplinaria es eficaz y temprano” (2019, pág. 17). Para la autora, si no hay juego lo infantil se tornará imposible, ya que no habrá un sujeto lector de las marcas que lo constituyeron.

Asimismo, Bruner entiende al juego y el deseo de jugar no como técnica, recurso entre otros, medio de acceso a, o facilitador para, sino que para ella es un fenómeno no contingente sino necesario en la estructuración psíquica en la infancia y en el desarrollo infantil (2019).

Para la autora es un hecho clínico que, si la intervención clínica es eficaz, comienzan a transportarse al juego significantes a ser orientados e incorporados, significantes que buscan significar y ponerle nombre a lo imposible. Lo monstruoso, lo horroroso, lo excepcional, al entrar a la dialéctica significativa y hacer su juego puede pasar a ser afirmado simbólicamente para tener chance de ser reprimido, negado y perdido (Bruner, 2019).

Pienso que estos aportes pueden entrar en convergencia con la noción de neogénesis como posibilidad de que se produzcan, a través de las intervenciones simbolizantes, nuevas constelaciones simbólicas que permitan la fundación de instancias. Quiero decir, considerar los efectos psíquicos de lo traumático, y abrir, destrabar y ofrecer posibilidades creativas y simbolizantes mediante el jugar en análisis.

Desde una perspectiva lacaniana, Bruner plantea que el inconsciente es historia, es decir, un conjunto de efectos de sentido surgidos a partir del trabajo del significante. “En un análisis o trabajo analítico se intentará dialectizar históricamente, en un trabajo de construcción, los eventos que han quedado por fuera del sentido como traumáticos” (2019, pág. 29).

Desde mi punto de vista, es posible articular estas nociones también con las conceptualizaciones bleichmarianas de simbolizaciones de transición. Éstas hacen posible el nexo, permiten la apropiación de un fragmento representacional que escapa, que no puede ser alcanzado por medio de la asociación libre. Son las intervenciones a modo de construcción que nombré anteriormente. Aquellas que se dirigen a propiciar anclajes a las movilizaciones de investimentos que se precipitan hacia la descarga.

Bruner ubica al juego como la formación psíquica central y por excelencia de la infancia, formación que a la vez que forma lo inconsciente es formada por el inconsciente y sus leyes, cada vez y otra vez de nuevo. Para ella “el juego y el jugar infantil es una formación necesaria no-contingente para que la infancia exista como un tiempo lógico y cronológico, decisivo y casi definitivo en el camino de la constitución del sujeto del inconsciente, deseante, sexuado y hablante” (2019, pág. 40). De manera análoga, estas nociones encuentran consonancia con mi punto de vista sobre el jugar en su carácter estructurante de la constitución psíquica, tal como expuse en los apartados anteriores. Para la autora no hay forma de pensar un niño como sujeto deseante sin pensar la dimensión del juego y el deseo de jugar.

Por último, Bruner habla del “trabajo del juego”, significante propuesto para denominar los caminos psíquicos para la formación del juego. Mediante el trabajo del juego, los niños y niñas van preparándose para el futuro, practican haciendo experiencias que, aunque compartidas, son siempre

singulares. En este sentido el niño o niña se hace de un yo invulnerable en el juego, de un cuerpo seguro y protegido por el sentimiento heroico, por las condiciones de no peligro real que el juego implica.

Una idea similar puede encontrarse en lo desarrollado en el capítulo sobre los aportes freudianos, donde el niño o niña, al jugar, se identificaría con algún papel y viviría en el juego las ocurrencias de los personajes que representa. Lo cual, como expuse, representa una ganancia de placer al ofrecer una facilitación que es un ahorro del costo que esa ganancia implicaría en lo real.

Si es solo un juego, sostiene Bruner, en el interior del juego la niña o niño puede sufrir cortes, lesiones, heridas, suspensiones, una y otra vez de nuevo “figuradamente” sin la amenaza de daño. Considero que lo importante aquí es que el juego funciona como borde, es decir, como límite y protección.

En este sentido, la autora entiende que el juego en transferencia y durante un tratamiento analítico con un niño o niña, no es un juego cualquiera, el analista forma parte de él y de sus condiciones de construcción y constitución (Bruner, 2019). Desarrollé una idea análoga entendiendo la tarea del analista desde el *holding* para propiciar un espacio donde transcurran los objetos y fenómenos transicionales favoreciendo el hacer jugando; y *reverie* como potencia de metabolización, creación y simbolización. *Holding* y *reverie*, operarían entonces como modos de generar procesos de neogénesis.

El juego y lo grave en la clínica psicoanalítica

Cristina Marrone, en su capítulo que forma parte de la compilación de Norma Bruner, titulado El juego y lo grave en la clínica psicoanalítica, presenta el caso de Alfredo (Bruner, 2019). Considero que, mediante este ejemplo, es posible ilustrar algunos puntos trabajados en apartados anteriores.

Alfredo es recibido en una institución a los 5 años, sus padres relatan que es un niño extremadamente agresivo. Marrone diferencia un primer momento en la cura de este nene donde se encontraría afectado por la magnitud del terror, mientras que en un segundo tiempo se podría apreciar la entrada de cierta discontinuidad que como tal le otorgará otro estatuto al terror.

Al comienzo el niño repetía cierto accionar hostil golpeando a un muñeco sucio de modo persistente. Alfredo toma al muñeco, lo ensucia con caca, lo golpea. Este circuito persiste en la monotonía neta de la repetición.

La violencia también es ampliamente repetida bajo la forma de los personajes malos de algunas películas. Así bajo la compulsión, Alfredo es el malo, es “Scar”, y la autora refiere que aún bajo el signo de cierta violencia, Scar constituye una primera personificación como rasgo lúdico. Melanie Klein dice que los niños con déficits graves no juegan en el verdadero sentido de la palabra, sino que ejecutan ciertas acciones monótonas y en esos casos extremos no se logran personificaciones (Bruner, 2019). Expuse anteriormente el valor del juego de la personificación desde la perspectiva kleiniana, donde el

infante elabora situaciones traumáticas al representar un papel, de esa forma puede separar las ideas imperantes en su inconsciente y expulsarlas, con una consecuente sensación de alivio (Klein, 1929).

La autora comenta que acuerda a medias con Melanie Klein en cuanto al estatuto de la personificación que juega este niño. Si se observan los matices clínicos de este caso, es posible advertir que cuando Alfredo repite a Scar se apropia de una imagen. Mediante este juego el niño inventa un contorno, hace borde a aquello que se precipitaba con el muñeco en el primer tiempo de tratamiento.

No parece tratarse de una personificación franca en el sentido de que, al comienzo, Alfredo no *hace* al personaje, sino que más bien queda capturado por él. Con esto, la autora entiende que la textura virtual de este juego es dudosa. Sin embargo, al mismo tiempo advierte que la imagen facilita la operatoria que le permite al niño establecer cierta pérdida de goce que lo afecta. Dicha imagen contornea lo real y el niño se toma de ella para comenzar un pasaje que lo demarca del Otro.

Sólo después, cuando Scar sea reconocido por su analista como un personaje que produce miedo, y así entre en la operatoria lúdica, sólo de esta manera el juego comenzará a operar como ficción. Ya en un segundo tiempo de tratamiento, Alfredo podrá, por ejemplo, permitirse situar el terror en una pesadilla, al decir que en su sueño tuvo miedo.

En palabras de Marrone, la decisión entre buenos y malos, como demarcación entre lo siniestro y lo familiar, será el testimonio de lo que el juego propicia al poner en marcha la trama de ilusión que le concierne (Bruner, 2019). Aun considerando la posible inestabilidad de su solución, el juego de Alfredo, bajo su matriz singular, se constituye también en casos difíciles, como el artificio imprescindible para transformar el goce.

Con este ejemplo se puede observar un primer tiempo donde lo traumático, lo que desborda, el remanente excitatorio del que hablé en acápites anteriores, lleva a una compulsión repetitiva de terror y accionar hostil hacia el muñeco. Sin embargo, desde la perspectiva freudiana que trabajé, puedo sostener que ahí ya habría un posicionamiento activo en Alfredo. Un intento de trabajo psíquico que busca resolver las urgencias que le plantean los estímulos que provienen del mundo exterior y del propio cuerpo.

En el segundo tiempo que plantea Marrone se puede comenzar a observar otro jugar de Alfredo. Mediante Scar, pienso que el niño puede poner en acto, mostrar, personificar, empezando a transportar al juego significantes que deberán a ser orientados e incorporados mediante la intervención analítica. Scar aquí es un significante que busca ponerle nombre a lo imposible, al terror que invade a Alfredo. Cuando este personaje entra en la operatoria lúdica y comienza a operar a modo de ficción, el terror encuentra un borde y puede pasar a ser afirmado simbólicamente para tener chance de ser reprimido, negado y perdido.

Pienso que aquí se puede observar cómo, mediante el jugar, el trabajo analítico busca a través de un trabajo de construcción, que los eventos traumáticos sean apropiados por el/la niño/a. Quiero decir, engarzar esos indicios en la trama psíquica, mediante simbolizaciones de transición, para ofrecer posibilidades creativas y simbolizantes de neogénesis.

Valor del juego en perturbaciones graves. Tiempos instituyentes

Con este título Ilda Levin expone su propuesta también en la compilación de Norma Bruner (2019). Si bien a lo largo del capítulo la autora desarrolla diversas nociones, considero que su planteo en cuanto a la investigación de las identificaciones, me puede servir para reflexionar un poco más sobre el caso Alfredo del apartado anterior.

Al respecto de las intervenciones analíticas, la autora afirma que el analista puede llegar a incidir si, por la escucha, logra destrabar las identificaciones. Éstas, al tiempo que son el soporte y motor de la fantasía y modo de relación del sujeto con sus otros, muchas veces se muestran profundamente patógenas y productoras de síntomas (Bruner, 2019). Aquí considero necesario aclarar que, desde mi punto de vista, en la clínica de la niñez, no sólo se trata de la escucha, sino que el/la analista debe poder incorporar los diversos elementos que se van desplegando en el jugar de los niños y niñas.

Levin comenta que ahí donde la identificación es el efecto de una incorporación terrorífica, como podría pensar que sucede en Alfredo, comienza la apuesta del analista por sostener una cura. Frente a esto se pregunta: ¿qué sostiene, para un analista, intentar el tratamiento de un niño que padece una estructuración muy grave en la que las identificaciones no son del orden del significante, sino terroríficas, perturbadoras, desestructurantes? (2019, pág. 94). Coincido con Levin cuando reflexiona en cuanto a que el juego producido por el niño/a, nos orienta: es la mostración y puesta en acto de la estructuración psíquica.

Pienso que cuando Alfredo es capaz de poner a jugar los efectos devastadores de los excesos pulsionales, encuentra un modo propicio de elaboración. Mediante la identificación a Scar va abriendo camino hacia la metaforización de lo que irrumpía bajo la forma de terror. El juego allí va posibilitando desplegar en acto el tejido de significantes y fantasías. Puedo reflexionar, siguiendo a Levin, que a partir de ahí el niño encuentra un lugar donde situarse y situar también sus fantasmas, fantasías y deseos. Cuando el juego de Scar es legitimado por el analista comienza a operar de un modo eficaz, como ese borde y límite que, según Bruner, ofrece protección. Ése es su valor, sostiene Levin, y ése es también el valor del juego en el abordaje y procesamiento de las perturbaciones graves (Bruner, 2019).

El trabajo de lo ficcional

Para concluir este capítulo de escritores contemporáneos de nuestro país, considero importante exponer algunas nociones del psicoanalista Jaime Fernández Miranda, quien, tras varios años de

dedicarse intensamente a la transmisión oral de sus ideas, publica en 2019 su primer libro titulado “El trabajo de lo ficcional. Problemáticas actuales en la clínica psicoanalítica con niños”.

En la presentación de esta obra Fernández Miranda parte de la idea winnicottiana de que “jugar es hacer”. Con esta frase el autor rompe con la continuidad simple y directa que se suele establecer entre fantasear y jugar, haciendo hincapié en la idea de que jugar es fundamentalmente una operatoria sobre el mundo.

Sostiene que, por supuesto que el juego se nutre de la fantasía, pero en él las fantasías se despliegan, se ponen en juego, se arriesgan en el mundo. De esta manera, en el juego es posible que la imaginación corra el riesgo, es decir, que la fantasía se ponga en tensión con los objetos (2019).

No obstante, el autor aclara que el hecho de que los niños/as jueguen a ser adultos ha invitado una confusión que subordina el juego a un improbable deseo de ser adulto y, con ello, a la imitación. Pero imitar es la antítesis de jugar.

Para Fernández Miranda, el jugar define un modo de posicionamiento fundamental del niño respecto del adulto. En este aspecto y apoyado en la perspectiva winnicottiana, afirma que el jugar asume los objetos que han sido ofrecidos por el adulto, y a la vez los crea. Por ejemplo, un niño que juega con herramientas. Una pinza, un martillo, un destornillador, tomados por el trabajo de lo ficcional dejan de ser herramientas, lo ficcional profana los objetos del universo adulto (2019).

Y es interesante su idea de que:

En todo caso, el mundo adulto es fascinante a condición de que pierda su sustancia adulta, de que los objetos y los gestos adultos sean capturados en una trama lúdica que los descomponga y los recomponga, que los asuma y los transforme. (2019, pág. 14)

En este punto creo que es posible establecer un enlace entre estos desarrollos y la noción de neogénesis. El autor (2019) propone entonces una noción del jugar como hacer, un hacer con los objetos del mundo que a su vez los crea y los transforma. Tal como expuse en el primer capítulo, sostengo que el jugar del niño o niña implica no sólo transformar un estado de cosas, sino introducir o producir algo nuevo que no existía previamente. El juego es creación en tanto no se limita a ordenar, combinar o transformar los elementos que ya tiene. Es en este sentido que la noción de neogénesis encuentra convergencia en tanto creación de algo nuevo no está en cada uno de los elementos.

Fernández Miranda ubica el juego “en la tensión irreductible entre lo real y lo ficcional” (2019, pág. 13). Idea interesante en tanto el jugar transcurre en la frontera inestable, conflictiva y fecunda entre el espacio ficcional y el espacio dispuesto por el otro. El juego es situado entonces, por el autor, en la tensión entre lo real de los objetos ofrecidos por el otro, y, al mismo tiempo, lo ficcional de esos objetos que son creados a su vez por el niño o niña.

El trabajo de lo ficcional entonces inventa su espacio, pero también se ajusta al espacio ya dispuesto. En esta tensión de lo ficcional con lo real, las paredes, las puertas, los muebles son modelados por el jugar y al mismo tiempo le imponen sus límites. En el seno del juego el objeto es inventado por la fantasía. Pero la materialidad del objeto impone sus condiciones, es decir, la textura, la forma, el tamaño de los objetos hacen límite a la fantasía. Es así que el autor sostiene que los objetos lúdicos están constituidos por la misma paradoja que, según Winnicott, afecta a los objetos transicionales: son objetos creados y hallados al mismo tiempo (2019).

Creo que estos desarrollos de Fernández Miranda me posibilitan reflexionar en las intervenciones clínicas en la niñez. Tal como sostuve anteriormente, entiendo al juego como estructurante psíquico, posibilitador de procesos de producción de algo que no existía previamente. Esto es, mediante el jugar en sesión y los aportes que pueda hacer el/la analista en el juego mismo.

En este sentido, a través de las simbolizaciones de transición, en calidad de intervenciones, el analista ofrece una simbolización, objetos, trazos, gestos, movimientos, que le permitan al sujeto armar un tejido psíquico nuevo, y de esa manera generar las condiciones básicas para la simbolización posterior. Considero que aquí hay un punto importante que sería conveniente destacar a partir de los aportes de Fernández Miranda: se trataría más de una co-producción que de una producción que introduce el analista. Señalo co-producción porque eso inédito no tiene que ver con la intervención del analista únicamente sino, sobre todo, con el trabajo ficcional que hace el niño o niña mediante el juego. En este sentido, lo que propone el/la analista es descualificado, recompuesto y reformulado por la niña o niño para dar lugar a eso inédito.

Es así que el autor sostiene que el juego es irreverente. Sólo con esa condición, aquello que es donado por el adulto puede ser incorporado. Decir que las identificaciones suceden a través del juego equivale afirmar que solo es posible incorporar aquello que se deja transformar. Incorporar es construir algo propio con los retazos que han sido *extraídos* del adulto (2019, pág. 14).

Para finalizar, considero importante mencionar otra de las reflexiones del escritor sobre la lógica que rige la relación con los objetos en la cultura contemporánea. En su capítulo titulado “Impacientes”, Fernández Miranda trabaja una diferencia que considera fundamental para la clínica con niños y niñas en la actualidad: la diferencia entre juego y entretenimiento.

Para establecer su hipótesis de que jugar es la antítesis de entretenerse parte de la distinción winnicottiana que contempla el *playing*. El autor sostiene que el jugar es la experiencia por excelencia, y esto a partir de una teoría potente que articula *playing*, creatividad y gesto espontáneo. La idea de gesto espontáneo introduce la indeterminación en el movimiento de toda cura. Esto evita que la clínica quede capturada en una lógica lineal donde cada uno de los gestos del paciente son el efecto directo de una o varias causas inconscientes (2019). Cuestión que considero de relevancia, ya que con el gesto espontáneo la novedad radical encuentra un lugar preciso en la teoría psicoanalítica.

La creatividad es la capacidad para la invención de algo absolutamente imprevisible y único, algo que no estaba contenido como posibilidad previa. Cabe aclarar, atendiendo a los desarrollos de Fernández Miranda, que la experiencia lúdica no es sin el objeto, lo que incluye la dimensión real que impone cierto límite a la invención. Pero el gesto espontáneo indica el borde de toda determinación, donde se funda cada vez la singularidad. Por todo esto, el jugar es la experiencia por antonomasia (2019, pág. 52).

En el entretenimiento, a diferencia del jugar, la fantasía es delimitada, encuadrada, estrictamente circunscripta desde el exterior. Para su análisis, el autor toma uno de los productos de la industria del entretenimiento al cual los niños y niñas dedican gran parte de su tiempo: los videojuegos. En relación a esto, sostiene que la posibilidad de combinar allí los elementos de modos novedosos, únicos, es limitada si no nula. Creo importante atender a estas cuestiones ya que el juguete reducido al estatuto de objeto de consumo dificulta su invención por parte del niño/a: no es objeto para crear sino para consumir tal cual ha sido ofrecido. Con la significativa consecuencia de que, sin la posibilidad de inventar el juguete, no hay experiencia lúdica posible (Fernández Miranda, 2019).

Reflexiono, a partir de estas ideas, sobre la urgencia de poner en la agenda actual del psicoanálisis cómo la época inscribe determinados modos de padecimiento en las infancias. Creo que, a partir del contexto mundial de pandemia que vivimos, la virtualidad ha atravesado muchas veces los tratamientos y dirección de la cura. Esto ha aportado beneficios, como así también considero que nos convoca a repensar muchos conceptos de nuestra teoría. Quedará para futuras investigaciones, pensar y reflexionar desde una posición ética, cómo la cultura, la época y los discursos imperantes desafían nuestras ideas y nos instan a proponer nuevas perspectivas.

Consideraciones finales

Elegí investigar desde los desarrollos teóricos de la psicoanalista Silvia Bleichmar ya que encuentro relevante el hecho de que una autora de nuestro país aporte una conceptualización novedosa como es la categoría de neogénesis. Sin embargo, en sus desarrollos no lleva a cabo una articulación sobre dicha noción en relación al juego en sesión. Siendo este punto el que motivó mi investigación. También decidí tomar los aportes de esta autora porque creo que han contribuido notablemente al psicoanálisis argentino en lo referente al cuestionamiento a los impasses teórico-clínicos que el estructuralismo produjo, y porque es una autora no considerada en profundidad en el plan de estudios de nuestra casa de saberes.

El recorrido del ensayo tiene la intención de ubicar los puntos de convergencias y divergencias: tensión, coincidencias, disyunción, contrapuntos, rupturas; entre el juego en análisis y el concepto bleichmariano de neogénesis.

Con ese propósito, en primer lugar, me fue necesario realizar una profundización del concepto de neogénesis en la obra de Silvia Bleichmar, rastreando el contexto de procedencia de dicha noción. Luego, fue preciso hacer un recorrido teórico de los aportes sobre el juego y el jugar que brindan los autores clásicos psicoanalíticos, como así también los escritores actuales de nuestro país.

A partir de la articulación que propuse en el presente ensayo, teniendo como base estos rastreos teóricos, pienso que efectivamente es posible encontrar convergencia entre la noción de neogénesis y el juego y el jugar en análisis. Es decir, encuentro puntos de correlación, coincidencia, corroboración entre ambas nociones. Afirmo entonces que, el juego de las niñas y niños en sesión propicia procesos de neogénesis que dan lugar a estructuraciones inéditas y a recomposiciones psíquicas que tienen la potencia de mitigar el sufrimiento infantil.

Pienso que, además de corroborar la relación existente entre ambas categorías, este ensayo ofrece posibilidades de ampliar el horizonte de trabajo. Quiero decir, de reflexionar en relación a la naturaleza de las intervenciones en el trabajo clínico con niños y niñas.

Lo lúdico representa un aspecto esencial en las infancias. Señalo allí la importancia que revisten las acciones, gestos, dibujos, cantos, miradas, que van apareciendo en el juego y el jugar en sesión. Considero que es posible tomar estos elementos para repensar la calidad y cualidad de las intervenciones clínicas, con el fin de propiciar efectos de neogénesis en tiempos decisivos de la constitución psíquica.

He aquí la importancia de este ensayo, en tanto las ideas propuestas conducen a discutir, debatir, repensar las intervenciones. Lo cual, desde mi punto de vista, lleva a ampliar los parámetros del trabajo clínico en la niñez.

Académicamente, el presente escrito puede resultar un antecedente para todo aquel que esté interesado/a en la clínica psicoanalítica de las infancias. Creo que es posible pensar, a partir de todo el desarrollo, que la práctica del psicoanálisis favorece los procesos de subjetivación y la construcción de lazos sociales, evitando de este modo, las tendencias crecientes de medicalización e institucionalización de la niñez. He aquí el punto fundamental por el que sostengo relevante seguir pensando la cuestión del juego como acción transformadora de la subjetividad, para no considerar como alternativa principal la medicalización en el tratamiento de niños y niñas.

Las motivaciones de las que partí para la elaboración del Trabajo Integrador Final para la Licenciatura en Psicología se mantienen a lo largo de la escritura y, además, surgen otras nuevas para pensar a partir de lo trabajado. Por ejemplo, problematizar e investigar sobre los procesos de neogénesis atendiendo a los desafíos que presenta la virtualidad en la actualidad.

Bibliografía

- Adorno, T. (1962). *Prismas: la crítica de la cultura y la sociedad*. Ariel: Barcelona.
- Almagro, M. (2020). Juego y heterogeneidad simbólica: indagación teórico-clínica. En R. y. Gaudio, *Notas sobre el juego hoy. Fundamentos teóricos y producción cultural* (págs. 29-41). La Plata. Buenos Aires: Editorial de la UNLP.
- Álvarez, P. (2010). *Los trabajos psíquicos del discurso: Análisis de la producción discursiva en la clínica de niños con problemas de simbolización*. Buenos Aires: Teseo.
- Aranguren, M. y. (2011). Creatividad: su expresión en la psicosis. *Psicoanálisis*, XXXIII(3), 443-465.
- Bardi, D. y. (2009). Conceptualización psicoanalítica acerca del juego de los niños. Punto de partida para una investigación empírica en psicoterapia. *Anuario de investigaciones.*, XVI, 53-63.
- Bion, W. (1962). A theory of thinking. *International Journal of Psycho-Analysis*, 43.
- Bleichmar, S. (1984). *En los orígenes del sujeto psíquico. Del mito a la historia*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Bleichmar, S. (1993). *La Fundación de lo Inconsciente*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Bleichmar, S. (1999). "El carácter lúdico del análisis". *Actualidad Psicológica*(24 (263)), 2-5.
- Bleichmar, S. (2000). *Clínica Psicoanalítica y Neogénesis*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Bleichmar, S. (2003). En los intersticios del relato parental. *Revista Actualidad Psicológica*(313).
- Bleichmar, S. (2004). Simbolizaciones de transición: una clínica abierta a lo real. *Docta- Revista de Psicoanálisis. De intérpretes, oráculos y traductores: La interpretación en psicoanálisis*.(2).
- Bruner, N. (2019). *El juego en los límites. El psicoanálisis en la clínica de problemas en el desarrollo infantil*. Buenos Aires: Eudeba.
- Calvo, M. (2020). Producción de sentido y plus de placer como motor del análisis. En R. y. Gaudio, *Notas sobre el juego hoy. Fundamentos teóricos y producción cultural* (págs. 15-28). La Plata. Buenos Aires: Editorial de la UNLP.
- Castoriadis, C. (1998). *El psicoanálisis, proyecto y elucidación*. Buenos Aires: Nueva visión.
- Castoriadis, C. (2005). *Figuras de lo pensable*. Buenos Aires: Fondo de cultura económica.
- Fernández Miranda, J. (2019). *El trabajo de lo ficcional. Problemáticas actuales en la clínica psicoanalítica con niños* (Segunda ed.). Buenos Aires: Letra Viva.

- Freud, S. ([1897]1992). *Fregmentos de la correspondencia con Fliess. Manuscrito M* (Vol. I). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. ([1900]1991). *La interpretación de los sueños* (Vol. V). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. ([1905] 1992). *Tres ensayos de teoría sexual* (Vol. VII). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. ([1908]1992). *El creador literario y el fantaseo* (Vol. IX). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. ([1920]1995). *Más allá del principio de placer* (Vol. XVIII). Obras Completas. Amorrortu.
- Freud, S. (1919). *De la historia de una neurosis infantil. En Obras Completas* (Vol. XVII). Buenos Aires: Amorrortu.
- Frison, R. M. (2020). Trayectos de la simbolización: el juego y su especificidad clínica. En R. y. Gaudio, *Notas sobre el juego hoy. Fundamentos teóricos y producción cultural* (págs. 57-71). La Plata. Buenos Aires: Editorial de la UNLP.
- Klein, M. (1921). *El desarrollo de un niño. En Obras Completas*. Buenos Aires: Ed. Paidós.
- Klein, M. (1926). *Principios psicológicos del análisis infantil*. Buenos Aires: Ed. Paidós.
- Klein, M. (1929). *La personificación en los juegos de los niños. En Obras Completas*. Buenos Aires: Paidós.
- Klein, M. (1932). *Fndamentos psicológicos del análisis del niño. En Obras Completas*. Buenos Aires: Paidós.
- Klein, M. (2004). *La técnica psicoanalítica del juego: su historia y significado. En Obras Completas* . Buenos Aires: Paidós.
- Klein, M. (2005). *Técnica del análisis del niño. En El psicoanálisis de niños*. Buenos Aires: Ed. Paidós.
- Laplanche, J. (1990). *La cubeta. Trascendencia de la transferencia. Problemáticas V*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Laplanche, J. y. ([1967]2004). *Diccionario de Psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.
- Laplanche, J. y. (1976). *Fantasía originaria, fantasía de los orígenes, origen de la fantasía. En Jean Laplanche y otros, El incosnciente freudiano y el psicoanálisis frances contemporáneo*. Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión.
- Lema, M. y. (2020). Noagénesis: un modo de abordaje de lo traumático". *Equinoccio: Revista de psicoterapia Psicoanalítica*, 69-78.

- Leone, A. (2010). Silvia Bleichmar (1944-2007) Una teoría de los orígenes. El Psicoanálisis de niños a la luz de la Metapsicología. *Revista digital El psicoanalítico. Laberintos, entrecruzamientos y magmas*(3).
- Mirc, A., & Gaudio, R. e. (2019). Precisiones conceptuales acerca del trabajo psíquico de simbolización. *Anuario Temas en Psicología. Dossier digital jornadas de investigación*, V, 275-283.
- Morici, S. (2003). Comentarios acerca de "Que pueda abrir la puerta para ir a jugar". *Cuestiones de infancia: Revista de Psicoanálisis con niños y adolescentes*, 88-98.
- Nella, J. y. (2020). ¿Facilitar o enseñar a jugar? La ficción como rasgo del juego. En R. y. Gaudio, *Notas sobre el juego hoy. Fundamentos teóricos y producción cultural* (págs. 102-117). La Plata, Buenos Aires.: Editorial de la UNLP.
- Rodulfo, R. (1999). *Dibujos fuera del papel. De la caricia a la lectoescritura en el niño*. Buenos Aires: Paidós.
- Rueda, E. (2010). La imaginación radical en la obra de Cornelius Castoriadis. *II Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología. XVII Jornadas de Investigación sexto encuentro de investigadores en Psicología del MERCOSUR* (págs. 524-526). Buenos Aires: Facultad de Psicología. Universidad de Buenos Aires.
- Ungar, V. (2017). Imaginación, fantasía y juego. *Mentalización. Revista de Psicoanálisis y Psicoterapia*, 1-11.
- Vera, R., & Ceretta, A. y. (2020). El jugar en los niños. Dimensión clínica de las defensas tempranas. En R. y. Gaudio, *Notas sobre el juego hoy. Fundamentos teóricos y producción cultural* (págs. 87-100). La Plata, Buenos Aires: Editorial de la UNLP.
- Winnicott, D. ([1968]1991). *Exploraciones Psicoanalíticas II*. Buenos Aires: Paidós.
- Winnicott, D. (1942). Por qué juegan los niños. En D. Winnicott, *El niño y el mundo externo* (págs. 145-158). Buenos Aires: Lumen.
- Winnicott, D. (1971). *Realidad y juego*. Buenos Aires: Gedisa.
- Winnicott, D. (1996). *Los procesos de maduración y el ambiente facilitador*. Buenos Aires: Paidós.